

La Esfera

Año X.-Núm. 475

Madrid, 10 Febrero 1923

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



MERCEDES PÉREZ DE VARGAS

Bellísima primera actriz, que, después de permanecer retirada de la escena durante algún tiempo, actúa ahora con extraordinario éxito al frente de la Compañía dramática del Teatro Cervantes, de Madrid

F01. WALKEN



DE LA VIDA QUE PASA

EL CARNAVAL DE LA JUVENTUD

TODO en la vida es como una sombra. La vida misma, ¿acaso no es como una sombra? La realidad de un día, la bien cimentada realidad de muchos años, ¿no se desvanece y se oculta cuando se la contempla á distancia? ¿No es como un ilusionante sueño que ni el recuerdo llega á animarle cuando se ha extinguido el divino tesoro de la juventud?

¡Ilusiones de sueños ó sueños de ilusiones! Los días de mocedad están llenos de muchos sueños y de muchas ilusiones, aún más vagas é impre- cisas, si esto cabe, que el vuelo de la imagina- ción, que, como el del águila, es ilimitado... En esta amarga senda de la existencia, penoso trán- sito que todos vamos recorriendo, no nos es dado volver hacia atrás la mirada. Además, ¿pa- ra qué? Sólo habíamos de contemplar un erial, porque las flores ya se marchitaron, y allá, en el fondo, envolviendo el páramo del pasado, des- cubriríamos la sombra monstruosa, negra, im- penetrable, obsesio- nante.

Muy fugaces momen- tos vive el corazón en fiesta. Cuando ya han transcurrido los días, y después los años, ¿de ellos qué quedan? Unica- mente el recuerdo, y el recuerdo es más vago que una sombra en esos tristes momentos en que de nuestros labios huyó la risa y en nuestra alma ya no retoña la es- peranza... ¡La risa se fué y la esperanza ya no vuelve, como no volverá el amor de la mujer que amamos ni aquel primer beso que pasa- dos los años de nuevo nace en nuestros labios para dejarlo en la som- bra, impalpable como el recuerdo, de aquellos la- bios que fueron el su- premo encanto de unas horas, ya muertas, y muy á distancia!

No hay año sin su Car- naval, como no hay vida sin su juventud; y nos- otros, hoy ya en la ter- cera década de la exis- tencia, pensamos que toda la juventud tiene mu- cho de Carnaval. ¿Acaso la realidad de hoy fué la realidad de hace diez años? No. Entonces la realidad llevaba el atra- yente antifaz de la locura: lo feo, lo desagradable, lo triste, lo que tor- tura el corazón y adolora los sentidos, lo cubría una carátula bella y riente, como la primave- ra. Amor, sólo era amar. El amor que llora no es amor de veinte años; el amor de veinte años so- lamente ríe, ríe loco y tiene su hora de locura. El amor de los días ju- veniles es como el amor de Carnaval, del que, por fuero del antifaz, sólo llegamos á ver unos labios que incitan y unos ojos que atraen, del que por el prestigio de la mascarada, el cuerpo

se adivina con el encanto supremo de la her- mosura... Durante la juventud, que tan presto pasa—¡qué gran dolor lleva esta confesión!—, este pobre corazón nuestro quiere vivir en una continua inquietud; busca para amar la mu- jer que le inquieta, como para beber el alcohol que le trastorna. En toda la juventud hay algo de masoquismo, tal vez no porque guste el dol- or, sino para darse el placer de vencerlo y lue- go ostentar el supremo gesto, el soberbio gesto de triunfador... Los años mozos de nuestra vida son multicolores, como una lluvia de papelillos

en el atardecer dorado de un día carnavalesco. Los afectos, los cariños, en ellos danzan y pi- ruetean zarabandescamente. Tienen osadía y esa intrepidez que se pierde cuando se llega á una completa serenidad espiritual. Todo ríe. Hasta el dolor se contrae en una mueca de risa, y ni la amargura precipita el llanto. La carátula de los años mozos, el antifaz de la juventud, sólo deja ver unos labios que incitan y unos ojos que atraen, y se vive la suprema locura del amor que inquieta...

Pero cuando esta carátula desaparece; pero cuando este antifaz cae...

ooo

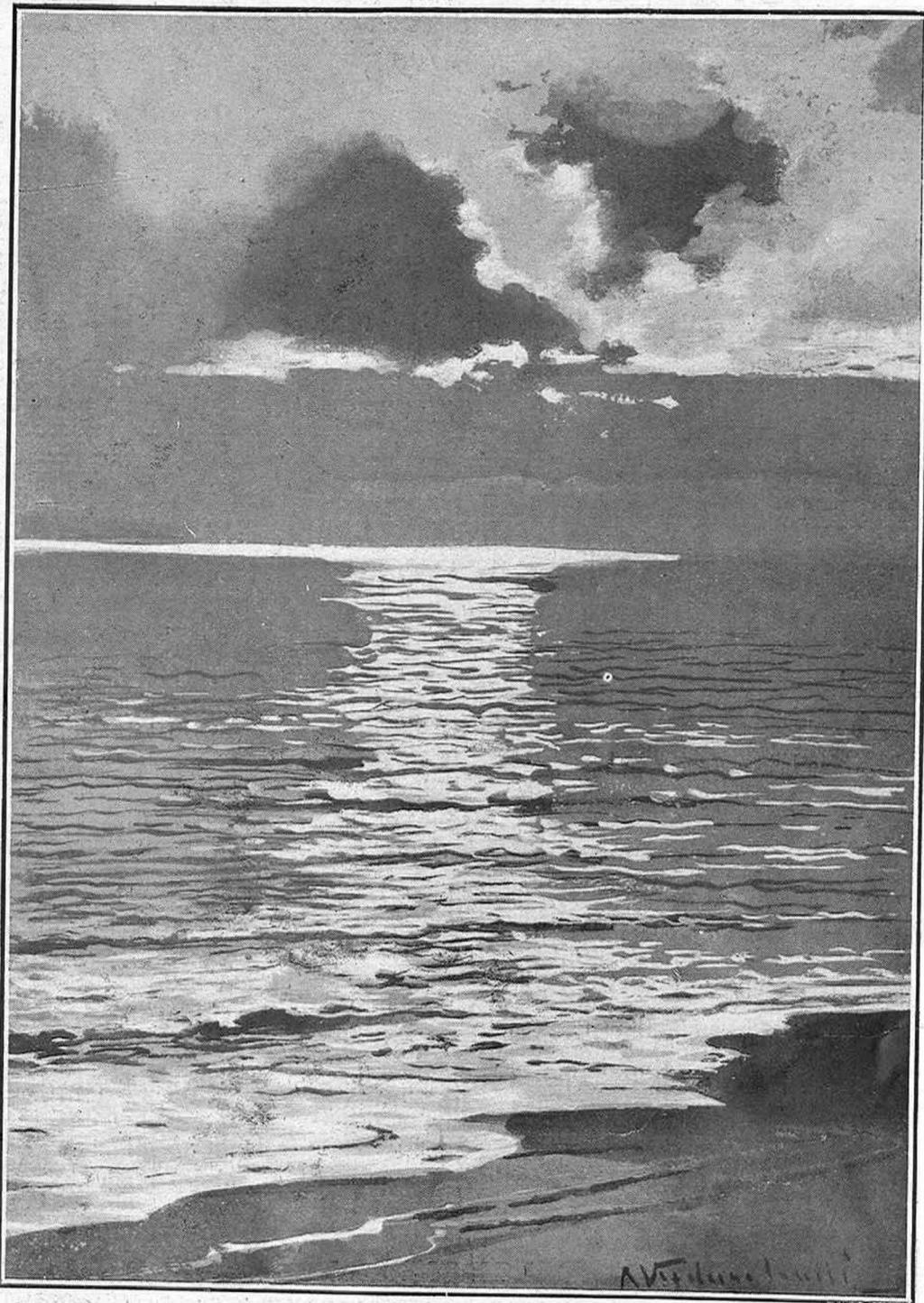
A distancia, cuando la senda de flores de la mocedad termina y se abre el camino espi- noso en donde se sabe de todos los matices del dolor y de todas las for- mas del engaño; quan- do el alma se perfuma de serenidad, el pasado nos sorprende tanto como el traje arlequines- co que encontramos entre unos trapos aban- donados, maltrecho y sucio; el prestigio de su coloración viva, poco á poco ha tomado un matiz tan pálido y desvaído como el recuerdo de la noche aquella que cantaron nuestros labios una sonata de amor con una mujer que no vi- mos más; que hoy mis- mo no sabemos si fué una realidad ó una ilu- sión que creó la fanta- sía de los pocos años, enfebrecida por el alco- hol, en unas horas de un amanecer pleno de en- cantos, á la salida de un baile, cuando el cielo tiene un azul zafirino y el sol es como un globo ígneo que aparece en el horizonte.

Pasan los días, trans- curren los años, todo se trueca y se transfor- ma, y en la memoria hasta se desvanece y se oculta el recuerdo. No nos acompaña ni vuel- ve; carece de vida, y como ese traje arlequi- nesco que teníamos abandonado, en que los vivos colores de antaño, colores en que reía la alegría, se cambian por pálidos y desvaídos. Los años que pasan todo lo hacen morir, y lo que muere ya no vuelve nunca. ¿Quién ha dicho que el pasado retoña en nuestra alma, y que, á veces, nuestro otoño tie- ne su primavera? Es absurdo. La rama que se desgaja del árbol se seca y muere; las ilu- siones fueron como flo- res que se desmayaron y cayeron marchitas, muertas, muertas. ¿Có- mo van de nuevo á vivir?

Todo en la vida es co- mo una sombra. La vida misma, ¿acaso no es co- mo una sombra?

Luciano de TAXONERA

EMOCIÓN DEL MAR



Sobre el mar, tan sereno que es de cristal bruñido, el crepúsculo cierné sus alas luminosas...
¡Cómo esta tarde limpia, alma mía, reposas en el ensueño casto de un amoroso nido!

Mar: mi corazón quiere naufragar en tu hondura; recibir en tu seno los besos de este ocaso, beber vinos de luz en el más puro vaso; embriagarse del dulce néctar de tu hermosura;

sentirse—cuando el vuelo de la noche se instala bajo el azul celeste, sobre tu azul sereno—,

sentirse, como un niño, sinceramente bueno; ser de esa luz lunar que á tu fondo resbala.

Mi corazón quisiera navegar en la nave de oro del crepúsculo, sin rumbo conocido, y tornar, algún día, de lo desconocido, á través del ensueño, volando como un ave.

Eliodoro PUCHE

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

Nuestro compañero José Francés ingresa en la Real Academia de Bellas Artes de :: San Fernando ::

El 4 del actual ingresó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando nuestro entrañable amigo y compañero José Francés, el ilustre novelista y crítico de Arte, á quien una larga y admirable labor de fervor artístico hacia acreedor á la distinción ahora otorgada. Al honrar la Academia á nuestro amigo y compañero, honra también á LA ESFERA, que es donde Francés ha glosado en admirables páginas literarias, que forman una completa historia del Arte actual, la producción de nuestros pintores y escultores. A la ceremonia de ingreso acudió un numeroso y selectísimo público, que llenó totalmente el salón de la Academia. El discurso de Francés fué un modelo de belleza, de idea y de sentimiento, enojados en la prosa viva, rotunda, armoniosa y espléndida que es característica del estilo vigoroso de Francés. Después de estudiar la personalidad de su antecesor en la Academia, D. Amós Salvador, y de explicar el sentido de la moderna crítica de Arte, Francés leyó varias bellísimas sugerencias artísticas, en que evocó el esfuerzo del hombre frente á la forma. De esas estampas reproducimos una, La estampa blanca, en que resplandece la belleza del discurso con que el nuevo académico ha hecho su ingreso en la Academia de Bellas Artes:

LA ESTAMPA BLANCA

HEMOS llegado á la última página. Nada hay en ella. Como las figuras del maestro Bartolomé en el *Monumento á los muertos*, nuestra curiosidad se detiene ante una superficie lisa, donde nada vemos.

Pero aguardad... Fijemos la atención. Sí. La página empieza á animarse. Surgen masas, líneas, una confusión caótica que no sabemos bien lo que ha de revelarnos.

¡Ay! Es el porvenir. La vida violenta, antiestética, amoral, del porvenir. El arte ha desaparecido de ella. Los edificios taladran las nubes, las aeronaves las rasgan, las chimeneas las envilecen con sus humaredas. Tierra, mar y cielo están utilitariamente usurpados por los hombres de presa y de acción. Los museos ya no existen. Casas de banca, de danza, de infiernos artificiales, almacenes del rencor societario, les substituyen. Las reliquias arquitectónicas de otros siglos, ó se han derribado ó se emplean para lonjas, cuarteles y garages.

El último artista huye de las ciudades tentaculares, de las inarmonías que constituirán el acento de la vida futura. Monstruos eléctricos le roban la luz del sol, la amplitud del espacio, la seguridad del suelo.

Ha de recorrer durante muchos días, muchas semanas, durante meses, las campañas calenturientas y prostituídas por la rapacidad furiosa de las gentes, marchitas por el carbón de las locomotoras, parceladas para los aerodromos.

El último artista arrastra con su espanto á la compañera elegida, que no le comprende, pero que le ama.

Al fin alcanza el lugar ingente y vacío de ultracivilización, donde la Naturaleza conserva su arcaico encanto.

Largo tiempo ha de transcurrir antes de que el último artista prepare la arcilla y haga cantar el cincel sobre la piedra. El último artista es como el primer hombre, y ha de buscar la rocosa guarida, el silvestre alimento, la piel que cubra su desnudez.

Pero, al fin, una mañana estival el artista, frente á la amada desnuda, resucita á Venus. Una tarde de otoño, frente á la esposa que amamanta al hijo, ofrenda á la Virgen María.

Se recobran los temas de la escultura, eternos para el hombre: el desnudo pagano y la imagen cristiana. El culto á la humana forma y el idealismo religioso. ¡La Humanidad y la Divinidad, inagotables, invencibles motivos de la belleza plástica!



El ministro de Instrucción Pública, Sr. Salva, le impone la medalla de académico á nuestro compañero José Francés el día 4 del actual, en cuya fecha fué recibido solemnemente en la Real Academia de San Fernando. FOT. CORTÉS



Los milagros del amor

Cuento, por Concha Espina

A lro el sol, azul el cielo, ¡y un aroma en el campo y una alegría en el valle!... Ya salía la procesión con mucho rumbo y mucho repique de campanas. Cuatro mocetones como castillos, al decir de alabanciosos comentarios, llevaban las andas bizarramente, y la Virgen del Carmen, desde el blando vaivén de su peana, sonreía con el niño en los brazos, muy puesta de bordada mantilla y de recamados nuevos en el traje. Mecía la Señora en su dosel, con mucha solemnidad, varios exvotos flamantes, y uno de ellos consistía en dos trenzas sedosas de pelo rubio.

—Son de Lina—dijeron al punto que las contemplaron las mozas del lugar. Y algunos pérfidos resplandores de contento brillaron en los ojos de las afirmadoras.

—De Lina parecen—repetían las mujeres casadas, con más indiferencia. Los viejos callaron. Y los mozos dijeron con persuasión que era un himno de alabanza:

—De «ella» tienen que ser, que no hay en el valle otras aparentes como las suyas.

Una madre, que rezaba apartándose de los comentarios, sonrió con orgullo, y un muchacho guapetón y serrote suspiró, meditando:

—¿Si serán de «ella»?

Era este joven uno de los portadores de la imagen, y las trenzas rubias le iban dando unos golpecitos suaves como caricias en el hombro y en el cuello, al compás de la marcha.

Pues, señor, aquel dale que te dale de los sacrificados cabellos iba poniendo nervioso á Manuel—que así se llamaba el mozo—, y que ya exaltado y fuera de sí dió en pensar que su negra suerte se le tornaba propicia; que su vida era ya un día de sol y de fiesta, como aquel de la Patrona; que el cielo se quedaba para él siempre azul, claro el sol resplandeciente, olorosa y llana la tierra; Lina le

quería; Lina se casaba con él... Todo ello era un milagro de la Virgen del Carmen; una gran merced lograda por mediación de las trenzas rubias...

Se acordaba «como de ayer» de aquel día invernizo y triste en que, ya seguro del despego de su novia, la conminó de esta manera: —Si no me quieres, no «hables» conmigo por lástima; dímelo y me voy.

Ella replicó, sollozante y confusa:

—De buena gana te querría como antes; pero no puedo, Nelito.

—¿Y por qué no puedes? ¿Te ofendí en alguna cosa sin saberlo?... ¿O será que te ronda con más suerte que yo el forastero de la zamarra?... Responde, Lina, que dueña eres de tu voluntad y yo no soy nadie para estorbarte el gusto.

—No es que me rondé otro—respondió la muchacha con gran azoramiento—, sino que «yo sola», sin motivo, me arrepentí de haberte dado palabra de boda...; y ya que tú no quieres «estorbar-me el gusto», Dios te lo pagará si no vuelves aquí como novio...

Así mismamente lo dijo: «Si no vuelves aquí como novio.» El no volvió; y desde entonces no se había acabado aquel día tristísimo de invierno... ¿Que medraba la cosecha? ¿Que aromaban los huertos? ¿Que había danzas y holgorios?... Para Nelito no existía en el pueblo más que un tío sinvergüenza muy fachendoso, muy puesto de zamarra y camisola, rondando á Lina con perversas intenciones. Porque del forastero se contaban malas historias; decían unos que era casado; otros, que era anarquista; aseguró el cartero que recibía periódicos prohibidos; y en la feria de Abril, un traficante dijo que le conocía y que no se llamaba Daniel Palacios... ¡Pobre Lina! Ya se murmuraba de ella en el lugar: que si su rondador era «afortunado»; que si saltaba las tapias del huerto y tenía embeledada á la moza... Pero Manuel se acordó de pronto, con un fuerte

rafago de esperanza en el corazón, de que la noche del despido, cuando él salía zozobante de pena por medio del corral, ella le llamó para decirle:

—Tú eres bueno; siento hacerte sufrir... Yo pediré a la Virgen del Carmen tu felicidad...

Nada había respondido él, mudo en la angustia del llanto que tenía en el alma. Mas hoy, al recordar con inefable contento la promesa de Lina, un aura de milagro le refrescó el semblante. Y pensó así: La moza, compadecida, le ofreció a la Patrona sus trenzas para mi bien. Y la Virgen, como es tan sabia, fué y dijo: «Esta chica no comprende que el único bien de ese bábica es la propia personita que lo pide; voy a hacer un milagro: el de la zamarrá se marchará del pueblo tan misteriosamente como vino; Lina y Manuel se casarán...» Una vez tomada esta determinación, Nuestra Señora del Carmen decidió a realizar el prodigio el día de su fiesta...

El muchacho dió un tropiezo y estuvo a punto de caer de rodillas. Las trenzas rubias, con este motivo, le untaron en el rostro un sérico halago, dulce como un beso, y el mozo, agitado por una tempestad de ilusiones, alzó los ojos hacia la imagen, que sonreía. Hubiera jurado Manuel que la Virgen hablaba, diciéndole:

—Sí, hombre, sí que es verdad todo eso...

Juegos de la brisa que, rozando la boca de la Santa entre perfumes de rosas, se deslizaban en los oídos del enamorado con sonos de palabra celestial...

Depositando la imagen en la parroquia, cruzó la plaza con un aire fantástico. Iba derecho en busca del prodigio, sin saber a dónde. Una mujer le detuvo:

—Muy de prisa vas...

—Sí—dijo él. Y se quedó mirándola con cara de idiota.

Era la madre de Lina, aquella madre que sonrió cuando en la procesión alabaron las trenzas de la moza. Nelito empezó a tocar la maravilla que buscaba cuando la mujer habló:

—¿Ya sabes que ha desaparecido Daniel Palacios?

Y él, con febril semblante de poseso, murmuró:

—Lo suponía.

—Pues, hijo, yo me alegro mucho, porque desde que semejante hombre llegó al pueblo, no hemos tenido más que disgustos.

—Ya se acabaron los disgustos—dice Manuel, radiante.

—¿Se acabaron?... No lo sé. Lina está muy extraña; yo no la entiendo. Dice que no le quiere, que no siente que se haya marchado; pero se muestra inquieta, quejosa; á veces me parece que ha perdido el juicio; hoy anda por el corral y el huerto como un ánima en pena, mirando al suelo igual que si buscara alguna cosa... Y ya sabrás que se ha cortado las trenzas pidiéndole á la Patrona un milagro.

Con bárbaro alborozo dijo Manuel, entre carcajadas:

—¿Un milagro?... Pues ya está sucediendo.

Mientras la mujer le mira y se sorprende, han llegado á la castañera, y una niña, dentro de un corro de pequeñuelos, alza el puñito cerrado y repite:

—«Quién perdió, que yo encontré, deme las señas, se lo daré...»

—Mi alfilerero—grita una rapazuela.

—Una «paita»—adivina otra.

La del hallazgo concluye:

—Es un papel «escrito».

Y á tal tiempo, Manuel, como un autómatá, ordena:

—Dámelo.

Tiende su recia manaza y la niña suelta el papelín.

«Daniel: Esta noche, á las doce, estaré en el huerto. Lina.»

Los ojos de Nelito fueron los únicos lectores.

—¿Dónde encontrásteis esto?—pregunta, en tortura de adivinanzas, á las niñas que juegan.

—En aquel matorral—le responden.

Entre tanto, la madre de Lina, conquistadora, propuso:

—Vente un rato y tomarás una copa. Lina se alegrará de verte... Te aguarda hoy, aunque tú no lo creas.

Siguióla el muchacho con docilidad, insensible, caído de repente desde el milagro azul de su fe á la negra sima de la desesperanza.

Arrastraba Lina por el huerto sus miradas tenaces, en ansioso registro; parecía más niña con el pelo cortado á lo paje, rutilante como una aureola en torno de la cara. Su madre, que entró la primera en el corral, la gritó:

—¿Pero otra vez buscando, criatura? Pareces lela.

—Es una cosa, madre, que tiene que parecer.

—Aquí está Nelito, que viene á tomar las once; déjate de simplezas y ven acá.

A la vera del portillo se encontraron los mozos. El, sin saludarla, blanco como la muerte, la dijo, tendiéndola el papel que llevaba en la mano:

—¿Es esto lo que buscas?

Miró Lina al escrito, miró al muchacho y, pasmada, repuso:

—Esto es. ¿Dónde lo encontraste?

—Una chiquilla lo halló en un matorral de la castañera; ahí, según se sale. Estaba cantando la niña «el quién perdió»..., y dije que yo lo había perdido.

—Dios te lo pague, Manuel; y oye.

Se retiró hacia la puerta asiéndole del brazo, y, muy conmovida, le dijo:

—En el pueblo se me juzga mal; no me importa si tú crees lo que voy á decirte. «Ese» que llamaban Daniel, era novio mío; me gustaba, pero no le quería. ¿Entiendes?

—No.

—Es que me parecía bueno como tu padre y como tú. ¿Sabes?

—Sí.

—Pretendía que yo bajase al huerto por las noches, muy tarde, para hablar con él; pero no quise nunca. Como en casa no le dejaban entrar, me ponía papeles con cantares en el hueco de aquel

castaño. En uno de estos papeles me pidió con tales súplicas una cita, una sola, aquí, de noche, que yo... consentí y se lo prometía en esos renglones que tú leíste. Iba á llevarlos al sitio donde él me dejaba los suyos, y en el camino me arrepentí; di la vuelta para casa, y al llegar reparo que he perdido el papel. ¿Lo crees, Nelito?

Y él, con la cabeza, con los labios y con el corazón, responde:

—Sí.

—Pues verás lo que pasó. Al día siguiente me dijeron que Daniel Palacios había desaparecido del pueblo. Me quedé como tonta, no tenía sentimiento; pero sí mucha sorpresa, y tanta curiosidad, que corrí al escondite del castaño, á ver si me dejaba algún aviso. Había allí una carta; pero no estaba en verso, y, pásmate, era toda de insultos y de burlas, discurridas por el despecho de las citas que le negué. ¿Quieres ver esas cartas, Nelito?

Con todo su cuerpo y con toda su alma contesta el mozo:

—No.

Ella, triunfante, deliciosamente bonita con su melena infantil y su aire confidencial, dice:

—Mi apuro, mi vergüenza, era ese papel que perdí; por encontrarlo ofrecí mis trenzas á la Patrona, y ella me le manda por tus manos.

—Para ti, Lina, hace milagros la Virgen—suspira el galán.

—Y para ti también—añade la niña, ruborosa.

—¿«Cuálos», mujer?

—¿Venís, ó no, muchachos?—grita desde el portal la madre.

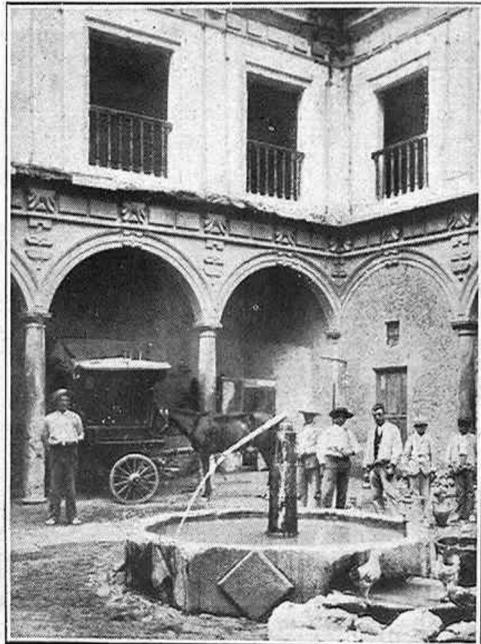
Y poco después, bebiendo el dorado vino de la Nava, al calor de los ojos prometedores de Lina, creyó Nelito que soñaba una felicidad toda de oro, dormido en siesta abrasadora al resistero del mes de Julio, mes de rosas, de fiestas... y de los milagros de amor.

CONCHA ESPINA

DIBUJOS DE BARTOLOZZI



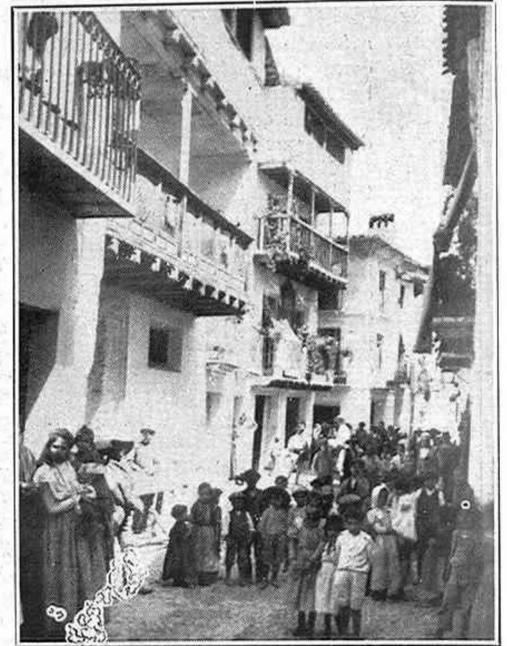
BAZA UNA FANTASÍA MORA



Parador de Levante, establecido en un ex convento



Calle del Agua



Plaza de San Juan, en Baza

EN la provincia de Granada y cerca de la de Almería, hállase esta ciudad agrícola, de unos 16.000 habitantes, según el censo de 1910, y dotada de extensa campiña llamada la *Hoya*, por rodearla lomas y montes cuyas caudalosas fuentes la riegan. Antes de la venida de los árabes se llamó *Basti* y fué sede episcopal. Aunque la reconquistó Alfonso VII, se perdería después, puesto que los Reyes Católicos la sitiaron en 1489, y á pesar de hacerlo con poderoso ejército, sólo se les entregó, abatida por el hambre, al cabo de seis meses. Episodio caballeresco del asedio y muestra de la cultura de los moros españoles fué el homenaje que rindieron á la Reina y refiere Lafuente (*Hist. de España*).

Isabel, desde Jaén, enviaba á su esposo provisiones, por medio de 14.000 acémilas que tran-

sitaban un camino de siete leguas, para ello abierto, y acudió á Baza al saber el disentimiento existente entre los capitanes, sobre si convenía seguir el asedio ante la porfiada resistencia de los moros y el desastre que causaban en las tiendas de los cristianos las lluvias otoñales corrientes sin obstáculo por la vega, cuyos árboles habían cortado 4.000 taladores durante siete semanas. Y llegada que fué la Reina, quiso reconocer las posiciones todas de los sitiadores, para lo cual el marqués de Cádiz solicitó del príncipe moro Cidi Hiaya, gobernador de la plaza, la suspensión de hostilidades en la parte N. de ésta. El defensor no sólo accedió á la demanda, sino que, saliendo á la cabeza de parte de sus tropas, con banderas arboladas y tocando músicas, realizó ante Isabel un simulacro de combate y torneo, hecho lo cual, haciendo caracolear su caballo, se despidió cortésmente.

Da gran valor á este hecho el que aconteciera hallándose en guerra ambos pueblos, pues en la paz, á pesar de las diferencias de religión y de raza, mantenían relaciones cordialísimas, especialmente en los últimos años del reinado de

Enrique IV, quien tenía una guardia de mudéjares (moros sometidos). Y dos hidalgos cristianos de alcurnia, que se desafiaron, escogieron por palenque una explanada de la Alhambra y por juez de campo al sultán Abul Hasán, llamado por los cristianos Muleyhasén, padre de Boabdil (1).

ooo

Tuvo Baza su florecimiento en el siglo XVI, y en él construyeron la iglesia principal, reducida á Colegiata dependiente del obispo de Guadix, el Ayuntamiento, algunos conventos y varias casas nobles.

(1) Ballesteros Boretta. *Síntesis de Historia de España*. 1920. Pág. 163.



Alcazaba y Colegiata



Casa donde están instalados el Pósito y la Carnicería



Ayuntamiento y dependencia de la iglesia Colegiata

La Colegiata se alza junto á la morisca alcazaba ó fortaleza, é imita á la iglesia episcopal, cuya arquitectura es hijuela de la metropolitana de Granada. Tiene la de Baza tres naves de igual altura, y por esto, sin arbotantes, cubiertas con bóvedas góticas, sostenidas por pilares compuestos de columnas ojivales y pilastras de Renacimiento, combinación propia del estilo plateresco. De Renacimiento son su fachada en la Plaza de la Constitución y las contiguas dependencias, adornadas con pomposos escudos (1).

Junto á ellas está el Ayuntamiento, que agranda el ámbito de la Plaza, con un pórtico formado por arcadas sobre columnas corintias de mármoles de colores, y tiene un salón artesonado.

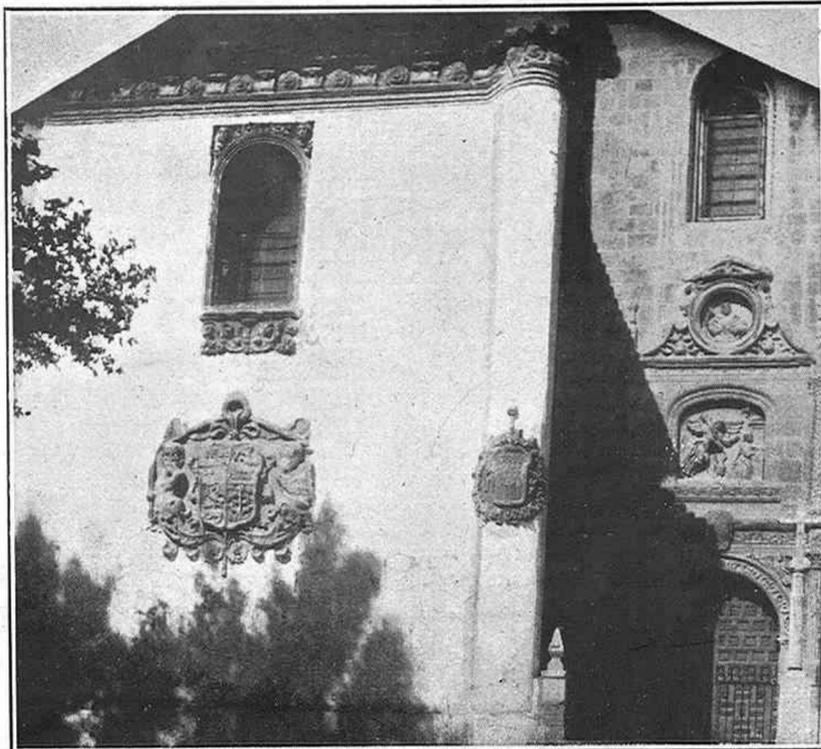
Como ciudad agrícola había de tener importancia la casa destinada al Pósito ó depósito de trigo reservado para la población; lo muestran la galería avanzada sobre grandes y molduradas ménsulas y la blasonada lápida de la frontera, además del elegante capitel de la grácil columna (2).

□□□

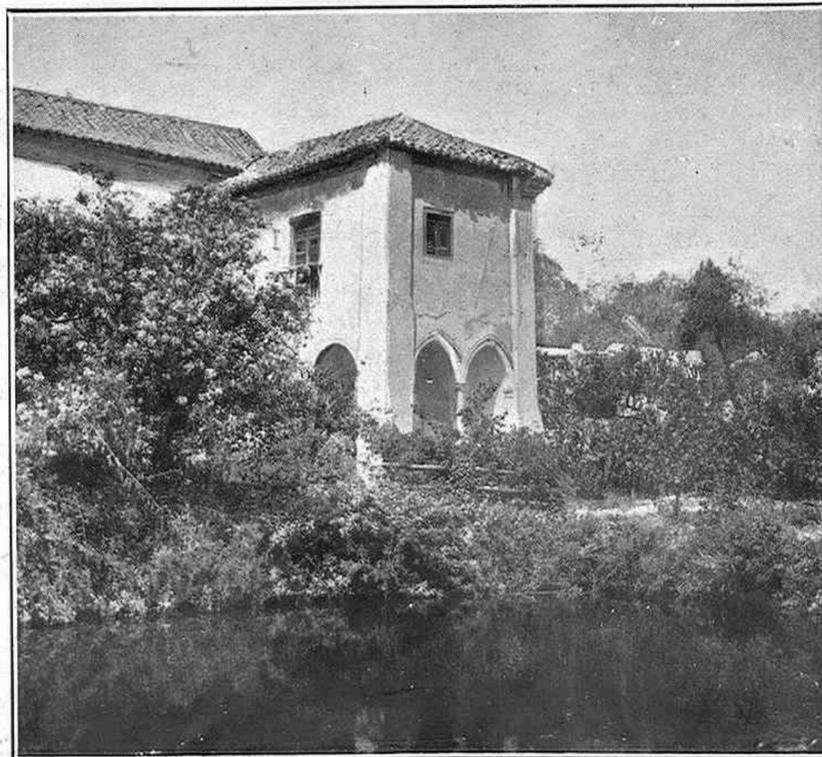
Los edificios descritos, como pertenecientes á instituciones de carácter religioso ú oficial, y en ciudad, por agrícola, apegada á la tradición, probablemente no habrán sufrido modificaciones; pero la Plaza de San Juan, formada por casas de particulares, quizá esté alterada, y una fotografía recuerda su carácter típico y pintoresco. Casas que para ensancharse por la calle avanzan sus pisos sobre las vigas, como las viviendas medievales, cerrando con celosías en vez de barandillas; balcones convertidos en jardines por las macetas puestas en el piso y engan-

(1) Baza, por Eduardo Soler y Pérez. Bol. de la Real Soc. Geográfica. 1920.

(2) En 1899 este edificio se había aplebeyado: una tosca estera en la galería, y tiendas de alpargatas y de carne, en la planta baja, mostraban la decadencia de la institución bienhechora.



Iglesia Colegiata



Palacio de Abrantes

chadas en el pasamano, y plantas que desbordantes cuelgan á los lados de la imagen ofrecida al culto en aquéllas, sirven de marco á la multitud, que ganosa «de salir retratada», colócase en desorden, destacándose sobre el deslumbrador encajado de las fachadas; variedad de grupos que, con la de líneas y masas, luz y sombra, componen un todo lleno de vida.

En contraste con la arquitectura popular, que daba á las cosas formas arbitrarias, nos aparecía el *Parador de Levante*, instalado—como tantas otras cosas, Tribunales, Ministerios, Cárceles, Escuelas, Cuarteles, de multitud de poblaciones—en uno de los conventos suprimidos.

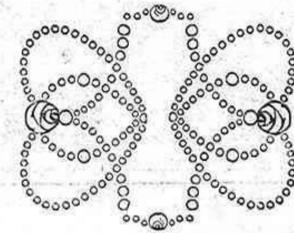
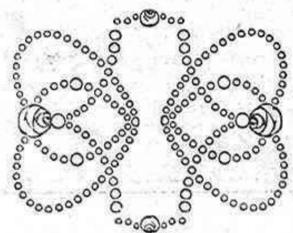
Quizá fué de Jerónimos, y su patio con pórticos es producto del arte y de arte tan ordenado y reflexivo como fué el del estilo grecorromano: sencillas arcadas sobre lisas columnas del llamado orden toscano sostienen un piso donde la línea recta, única usada en los huecos de los balcones, y en la cornisa aumenta la severidad.

En medio, un recio pilón, apenas adornado por grandes cuadrados, recibe el agua, tan abundante y fresca en Baza. Y en el patio, donde los frailes veían pasar su vida silenciosa y uniforme, resonaban las voces de los pueblerinos allí albergados, el rechinar de los carruajes y el restallar de la fusta.

A un extremo de la ciudad estaba la casa que fué del duque de Abrantes, y en 1905 poseía el registrador de la Propiedad.

Sus salones recordaban la nobleza por sus techos artesonados, y en su huerta un gótico pabellón enjalbegado reflejaba en la alberca sus desnudas fachadas, que la Naturaleza rodeaba por un manto de coloridos follajes. ¡Visión urbana, que añoramos en nuestras casas de calles estrechas, sin árboles y sin horizontes!

LEOPOLDO SOLER Y PEREZ



ESPAÑA MONUMENTAL



Trascoro de la Catedral de Toledo

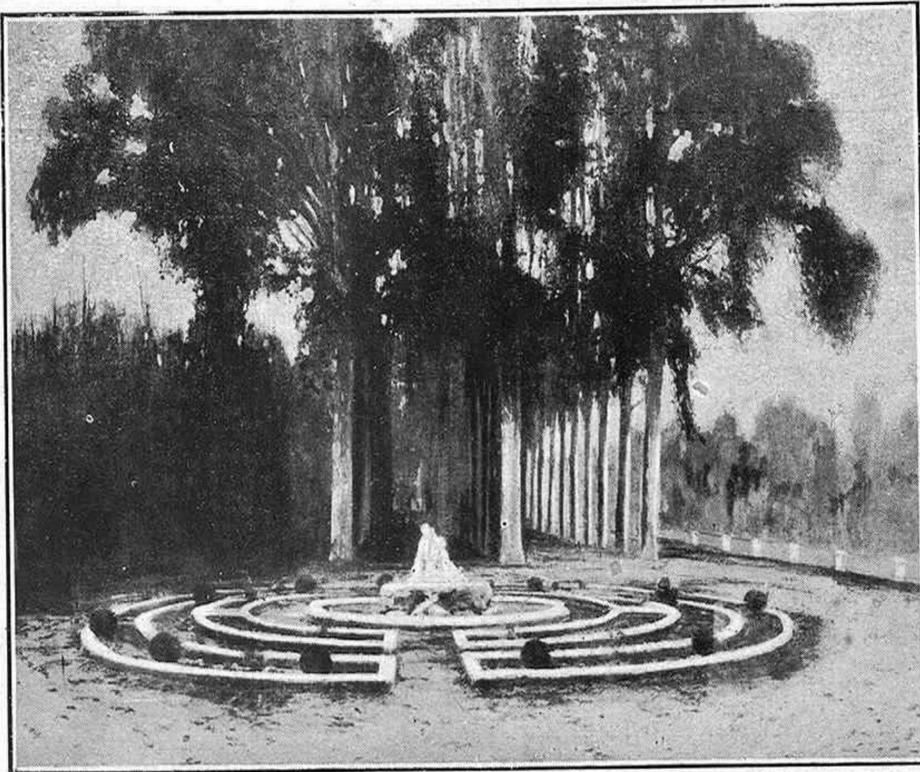
FOT. WUNDERLICK

RUSIÑOL Y SUS JARDINES

PARA sentir la emoción latente en los románticos jardines de mágicos ensueños y honda poesía surgidos en los lienzos del gran maestro catalán al conjuro de su pincel, no es fundamental tener un intelecto muy elevado y sutil. Por lo comprensible de su expresión, debido a la maestría con que Rusiñol interpreta el sentido de las cosas, bastará abarcar de una ojeada cualquier cuadro suyo para que el alma del espectador se conmueva ante la melancólica y poética acción de su objetivo visual. Y es que en la contemplación de los cuadros de este mago pintor, que supo dejar prendida en sus lienzos el alma de los jardines españoles, encontramos siempre algo sedativo que satisface nuestros inquietos anhelos de idealismo, y nos produce un suave deleite espiritual, a la vez que impresiona maravillosamente nuestra retina.

La nota característica que distingue la obra pictórica del gran catalán es que toda está saturada de la vaga tristeza evocadora que duerme en el fondo de su ser, y de esa paz inmensa que reside en su espíritu y que hace convivir armoniosamente en su alma noble e ingenua dos caracteres distintos: el inquieto del bohemio impenitente que en noches lejanas, en compañía de amigos artistas, penetraba ruidosamente en cualquier apartado cabaret de Montmartre, animándolo al momento con la luz de su genio juvenil, y fraguando fiestas cuyos principales elementos los constituían el embotellado jugo de las viñas, algunas jovencitas locas de su cuerpo y un añoso violín rascado por el arco que manejaba la inhábil mano de un presunto Sarasate. Y luego, cuando sentía su cuerpo y espíritu fatigados por el ajeteo, la voluptuosidad y el desgaste natural de una noche de febril y vertiginosa alegría, encaminábase a su morada a través de las calles del famoso barrio parisién, balbuceando entre dientes, mientras recorría el trayecto, una canción en la que unas veces vibraba la nostalgia de su tierra catalana y otras todas las ilusiones y ardoroso entusiasmo de su alma llena de juventud. El otro carácter con que Rusiñol se nos muestra, el sentimental, amigo de la soledad y la tristeza, que le impulsa a recorrer en romántica peregrinación las ciudades de prestigio artístico de nuestra España, para buscar y encontrar en ellas esos rincones de inefable belleza y remansada poesía donde poder aplacar su sed de emociones estéticas. Y estas diferentes inclinaciones geniales de Rusiñol, concretadas y fundidas en el crisol de su serenidad latina.

Cuando el admirado maestro se halla en cualquier ciudad de su predilección, se le verá a diferentes horas del día en los sitios donde la vida se manifiesta más intensa y ruidosa. En Granada lo hemos encontrado muchas veces sentado ante una mesa del Café Royal, bebiendo estoicamente ajeno tras ajeno y fumando su sempiterna pipa. Rusiñol, que ha pasado la mañana en la Alhambra, recogido en el pintoresco patio de la casa de Angel Barrios, sin que hasta su alma abstraída en divagaciones ideales llegara otro rumor que el del bosque circuncidante y el que producía el agua al brotar entre hiedras y flores, ha bajado a la ciudad para con el hervor de la multitud disipar las nubes de dulce melancolía que las horas de meditación solitaria dejaron prendidas en su alma.



«Jardín de Aranjuez»

Y después, Rusiñol, que ha apartado en su espíritu los lugares donde la vida tiene más rica vibración, huye hacia ellos, y allí, rodeado de evocaciones y luces gratas, se coloca ante el blanco lienzo y fija en él unos trazos de lápiz, con los que conversa y a los que da su sentimiento, inspirado en el que la Naturaleza le proporciona. Luego va encarnando arbitrariamente en las vértebras que sus dibujos simbolizan todas las variedades de la luz y del color que a su visión se ofrecen, llevando su alma a través del pincel los matices subjetivos del jardín que ante su mirada se extiende.

Y digo que arbitrariamente traslada al lienzo los objetivos de su visión, porque Rusiñol no

dejan fluir por las ramas la esencia de su melancolía, que se disuelve en las tranquilas aguas especulares, y en ellas se refleja otro jardín, que acompaña la soledad distinguida y melancólica de este rincón del Aranjuez policromo.

Y de otro rincón recoge la soledad de aquella fuente en la que se eleva, sobre ásperos riscos que emergen del agua verde, la figura del «Fauno de los Platillos», decapitado y manco por el hacha del tiempo, oprimiendo con su pie derecho el monótono *scabillum*... Desolado lugar, abandonado y triste, en el que los sauces caen al suelo con inclinación rápida, y el tiempo ha detenido su marcha.

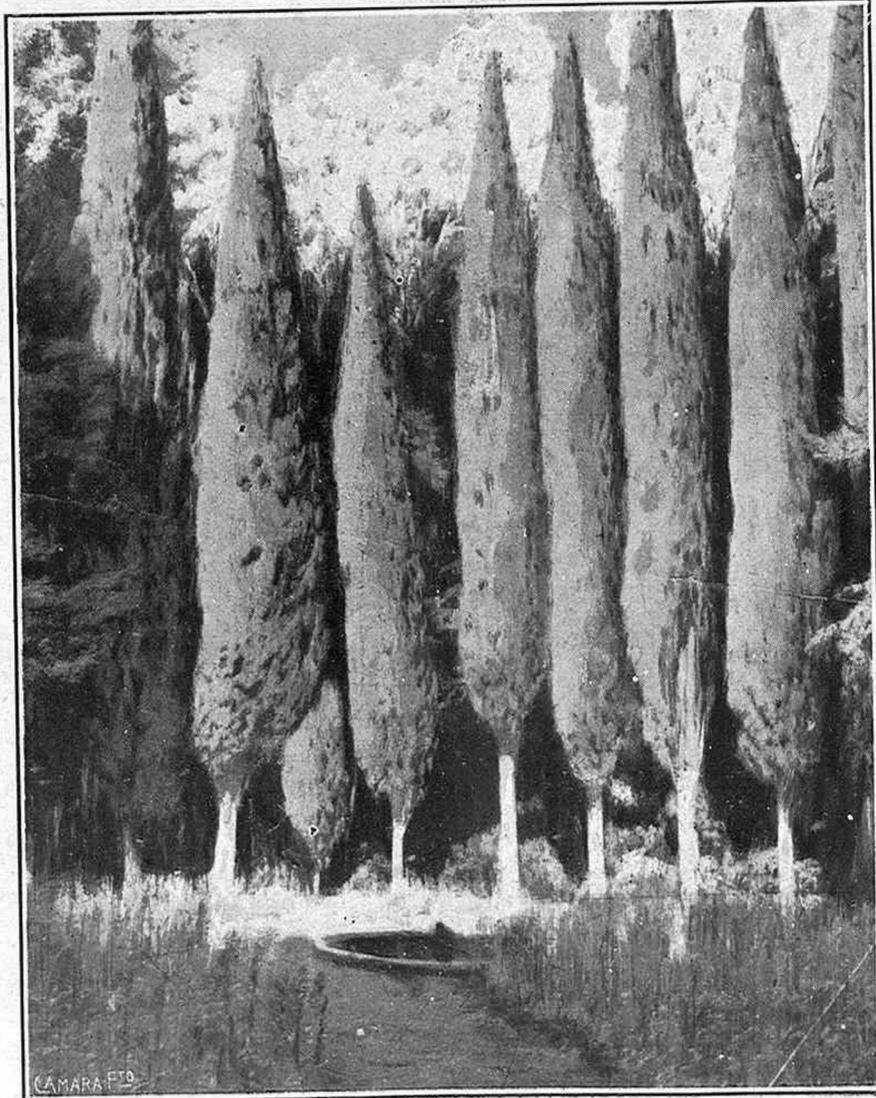
En la tristeza de ruina hay como un eco de Verlaine, saturado de agonizante paganismo.

Y el *Señorial* de Mallorca, con sus verticales escalinatas bordeadas de verdes frondas y enfundados por dos arcos de cipreses, sobre cuya opacidad resalta la línea de la estatua que se eleva coronando el pilar, con sus jarrones múltiples, y los pavos reales que sobre la señorial escalinata despliegan la gloria policromada de su cola. El alma del artista ha puesto aquí un nuevo sentimiento y ha envuelto todo en una reposada serenidad llena de majestad y silencio.

Y así es todo. Lo que su alma ve lo da su pincel hecho tecnicidad y sentimiento azul. Es que su alma misma es ese gran jardín que en pedazos rotos nos deshace en sus lienzos este artista admirable, pintor porque es poeta, y poeta porque pinta, y del que Rubén Darío el divino dijo una vez:

¡Gloria al gran catalán que hizo la luz sumisa, jardinero de ideas, jardinero de sol, y al pincel y la pluma, la burla y la risa con que nos hace alegre la vida Rusiñol!

Sí. La pluma, la burla y la risa de Rusiñol nos alegran la vida, pero no su pincel. Al coger éste, el maestro transforma su humorismo en melancolía y hunde su alma en esa vaga tristeza nostálgica de sus jardines y de sus paisajes, en los que se ha roto la vida, como una desilusión, y sobre ella el tiempo ha puesto el beso de sus recuerdos y nuestra alma el aroma de las evocaciones.

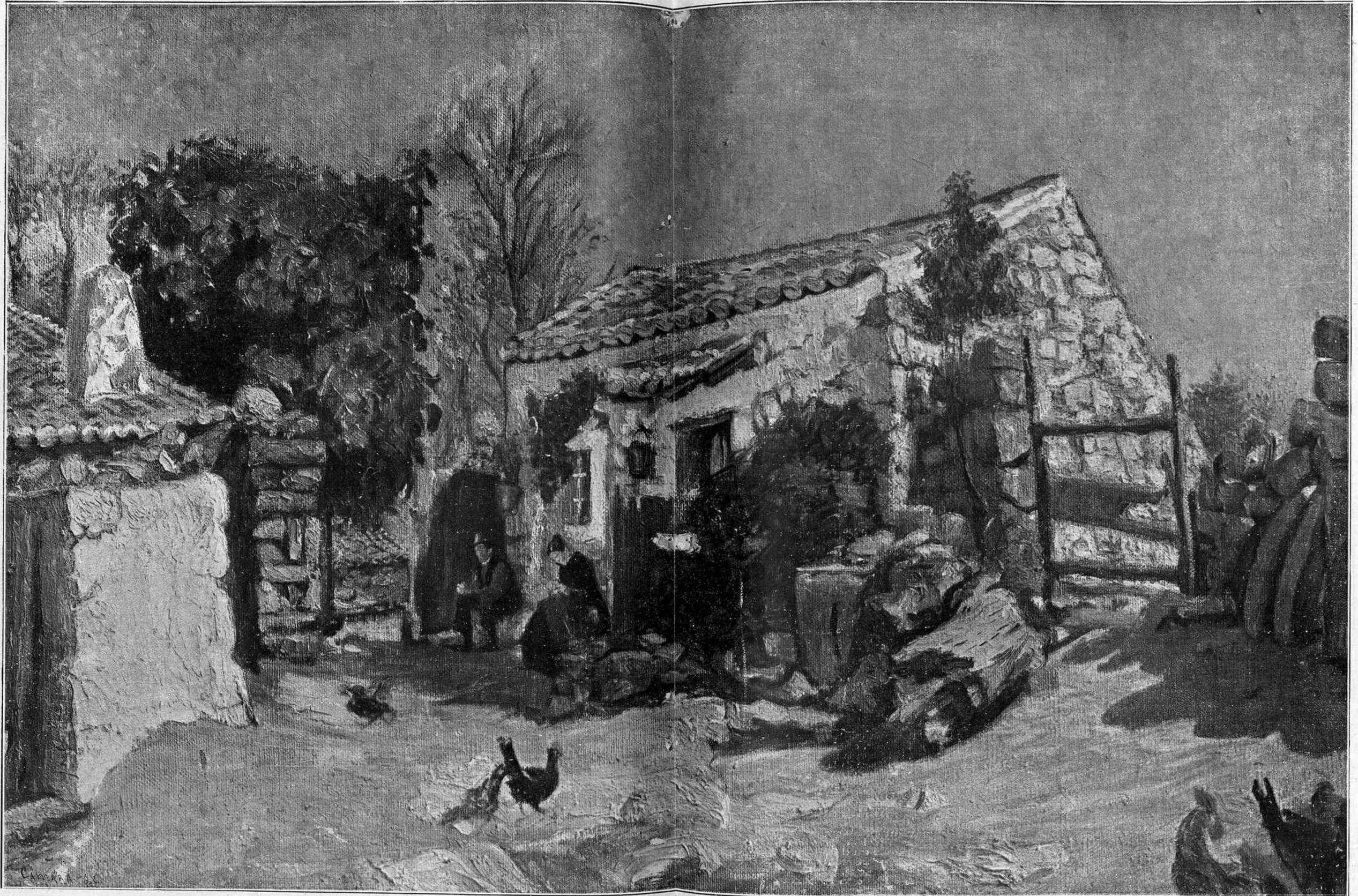


«Cipreses»

FOTS. MATEO Y SERRA

MIGUEL LA CHICA

PAISAJES ESPAÑOLES



LA CASUCA DEL TÍO FELIPE

Cuadro original de José Ribera



EL SOMBRERO DE COPA

por Ramón Gómez



EL sombrero de copa daba altura al que lo usaba, y el encopetado parecía guardar en él, como en una de aquellas grandes estanterías de roble para los libros, sus ideas y sus recuerdos.

La desaparición del sombrero de copa es una equivocación. Tenía el hombre más alcurnia con él, y ni el ingenio ni nada substituirá aquella categoría del sombrero de copa.

Hay un momento en que lo usaron hasta las clases más humildes, y es gracioso ver en algunas estampas de época á los mozos que conducen carretillas de mano llevar un sombrero de copa en la cabeza. ¿Eran los de aquellos hombres sombreros de copa heredados de los ricos, y era en su cabeza el sombrero de copa como lo es en la cabeza del trapero, ó, por el contrario, es que lo compraban para decorar su esclavitud?

El sombrero de copa revolucionario fué también un sombrero plebeyo, pero altisonante. Será inolvidable el cuadro de Delacroix titulado *La barricada*, en que aparece un noble tipo rematado por el sombrero de copa.

Hacia el año 1859 se inicia su decadencia, y entonces escriben un libro necrológico en honor del sombrero de copa los prohombres de la época, Ferrer del Río, Manuel del Palacio, Hartzenbusch, Truch, Narciso Serra, Pedro Antonio Alarcón, *El Solitario*, Olavarría, etc.

En el ejemplar que yo tengo de ese librito, que circuló muy poco, pone *Olavarría*, porque era, indudablemente, el que le tocó al poeta, que escribe en él:

Un sombrero de anchas alas,
con mal reprimida cólera,
daba sus quejas al viento,
tribulado, en esta forma:
«Heme triste y taciturno
clamando misericordia,
sin alegría... en mis alas,
sin ilusión... en mi copa.»

La lucha que pintó ese libro fué la que se entabló entre el sombrero de copa y el hongo, y que mereció estos versos de Ventura de la Vega:

«Yo ni apadrino ni rechazo el hongo;
si todos se lo ponen, me lo pongo.»

Catalina, que bien hubiera podido llamarse Catilina, porque sus versos resultaron «catilina-rios», le dedicó estas estrofas «Al Comité reformista del Sombrero»:

«Copa en que el hombre no bebe,
copa en que el ave no anida,
ni ha sido copa en su vida,
ni llamarse copa debe.»

Alas que no dejan ver
ni sirven para volar,
ó se deben replegar,
ó se deben extender.

Mueble que viaja alfanero
del hombre en lo más augusto,
haga sombra, como es justo,
ó deje de ser sombrero.

de la Serna

Aun después de aquel libro necrológico, el sombrero de copa no quedó muerto.

Se siguió usando y hasta se volvió prenda de mayor distinción. Quedaron pocos caballeros, pero quedaron algunos que con gran prestancia se mostraron con sus altos sombreros elevadísimos.

Todo director de algo usaba sombrero de copa.

Hoy, al repasar los retratos de aquellos hombres y escoger entre todos los de los álbumes los mejores, los que más revelan y sintetizan los principales tipos de sombrero de copa, vemos que hay varias clases:

El sombrero de copa del magistrado.

El sombrero de copa del político.

El sombrero de copa del hidalgo misterioso.

El sombrero de copa del pollo (que antes era un pollancón).

El sombrero de copa del apabullado.

El sombrero de copa del que hubiera sido actor de teatro y se quedó con un tipo parejo, con el tipo de actor de la vida.

El sombrero de copa del hombre bonachón.

En todos esos sombreros de copa parecía guardarse algo, y los que lo aparecen con el sombrero quitado, parece que no se lo podrán poner, de enorme que es.

En manos de otros parecen sombreros de copa de prestidigitador ó fundas de instrumentos de música, y los que son colocados sobre las mesas parecen macetas de las cabezas de los usías que los han colocado así.

Hoy ya está realmente muerto. Ni en las carreras puede resucitar, ni siquiera en forma de chistera gris y como empolvada por el movimiento de carruajes y caballos.

El juez de guardia que lo tiene que usar cuando sale á la faena, cuando va á levantar los cadáveres, lo lleva en la mano, pues como se turna entre los jueces de la ciudad el que ha de estar de guardia, tienen para todos un solo sombrero, que, á veces, ni metiéndole papeles sirve, y por eso el juez de guardia entra en casa de la víctima con el sombrero de copa en la mano desde que baja del coche. ¡Gran respeto!

Algún veterano periodista que acostumbra á ir por el Senado todas las tardes, no se atreve á pasar por las calles con el sombrero puesto, y por eso los ujieres del Senado le tienen guardado un sombrero de copa, por el que cambia el flexible cuando entra en la Alta Cámara.

Ya ha llegado, pues, el día en que vive como una cosa de ritual, de la que se avergüenzan los hombres mundanos, una cosa de ritual como las pelucas blancas de los jueces de Londres.

SALVE, MILAGROSA...

*Guardo en el cofrecillo de mi pecho
el menudo rescoldo fenecido
de todo lo creado, y ya deshecho;
de todo lo ganado, y ya perdido...;*

*arquita venerada, donde mora
lo que quiso ser luz y se hizo llanto,
donde el ayer se desmeleno y llora;
arquita que parece un camposanto...*

*y que adoro, por fiel y por clemente,
despojada de mis cis y luces,
y que contemplo religiosamente
llena de cicatrices y de cruces;*

*vaso de mis venenos y triacas,
mortaja de mis soles y mis brumas,
playa de mis dramáticas resacas
y de mis más románticas espumas...*

—o—o—o—

*... Y has sido tú, la antaño idolatrada,
la que, por los caprichos de la suerte,
vienes á revivir con tu mirada
lo que estaba tan muerto por la muerte;*

*eres tú, Regresada y Renacida,
la que invade de flores los ayeres,
la que le arranca mieles á la herida,
la Mujer, entre todas las mujeres...;*

*la que, al verme letárgico y maltrecho,
hoy me brinda su magia milagrosa;
la que, alumbrando el arca de mi pecho,
da á sus cenizas un olor de rosa...*

*¡Sonrisa y claridad de afortunado
con las que no soñaba mi fortuna,
y que logran que el pecho, remozado,
se empiece á remover como una cuna!...*

E. RAMÍREZ ÁNGEL

*Dixi: y en fe de verdad,
aunque de rubor me corra,
estos versos aceptad:
van así... de vecindad;
como quien dice... de gorra.»*



Disfraces de «clown», holandesa y española, que obtuvieron premio en el «Carnaval sobre el hielo», efectuado recientemente en «Lake Placid», Nueva York

DISFRACES DE CARNAVAL

Las bromas, baratitas ó no darlas—decía en la intimidad Jacinto Benavente, refiriéndose á un baile particular en que era obligatorio el disfraz, pero de percal.

No podría repetir su agudeza el gran ingenio, con motivo de las fiestas carnalescas de Lack

Placid, Nueva York, en que se patinó en el hielo y con trajes de máscaras. La locura pirueteando,

y tornasolando la pista con los reflejos de las telas alegres, de las joyas...

También hubo otra mascarada excepcional fuera de Carnestolendas. El baile de «Covent Garden», llamado de las Tres Artes, y que fué un verdadero derroche de lujo y arte.



Veneciana del siglo XVIII y «profesora de armas». Dos bellos disfraces muy celebrados en el baile de las Tres Artes, del Covent Garden, en Londres



Dos elegantes disfraces de chitas exhibidos en el «Carnaval sobre el hielo», celebrado en Nueva York por las muchachas de la sociedad aristocrática

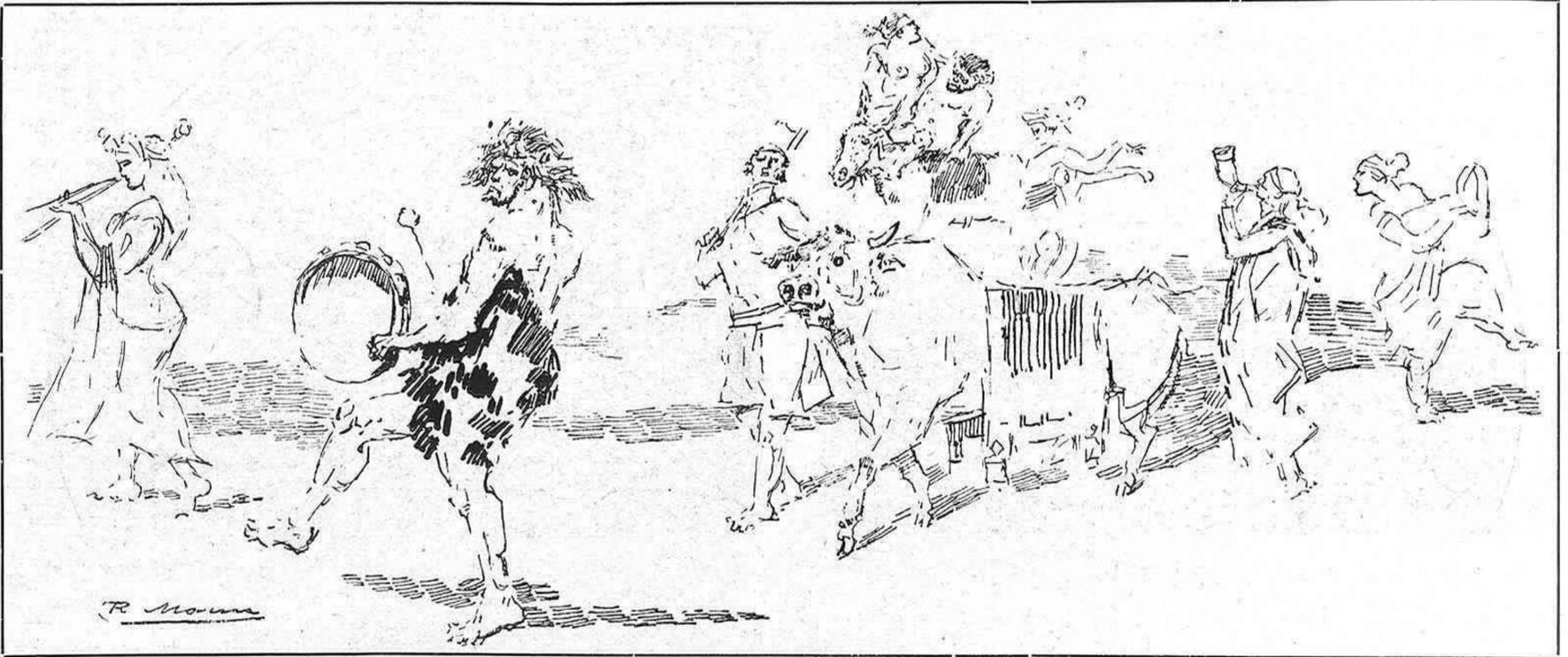


Cleopatra y campesina italiana, disfraces que llamaron la atención en el baile de las Tres Artes celebrado recientemente en el Covent Garden, de Londres



USOS Y COSTUMBRES

LA DEVOCIÓN DE LAS MÁSCARAS



VIEJO y lleno de lañas está el compadre *Momo*, que casi puede tenerse en pie; sus gracias son chocarreras, horras de ingenio, y por los surcos de su rostro grotesco corren más lágrimas que risas.

Los años no pasan en balde, y quien cuenta tantos como su merced no es mucho que esté aspeado, gotoso y descaecido.

Si quisiéramos escudriñar en su mocedad, topáramos con las cerradas tinieblas de la tan socorrida *Noche de los tiempos...* Más cómodo nos es el ir á encontrarle en las ligeras costumbres de Grecia y Roma, donde la devoción de la carne femeniña había por triunfo el pecado mortal.

De tal suerte dábase entrada á la locura, que todo trocábase, sin que nadie protestara contra los desenfrenos á que se entregaba la gente de baja condición, á la que los señores otorgaba el privilegio de ridiculizarles y decir las quejas que de ellos pudieran tener, sin temor de que después tomaran represalias por muy alto y claro que hablase.

Por hartó leído, gracias á mejores plumas que esta mía, no es cosa de traer á cuento aquellas fiestas saturnales en que el desenfreno y la procacidad eran cauce de toda licencia y falta de pudor. Entonces *Momo* estaba mozo y rollizo y no había freno capaz de contenerlo.

Desde el César hasta el último esclavo poníanse la máscara y todo era desenfreno y escarnio.

No falta autor que sostiene que el origen del Carnaval es un culto profano á la Muerte, ya que al celebrar en el año nuevo las fiestas en honor de Saturno y Baco se invocaba el favor de las larvas ó malos espíritus.

Para *Momo* no había respeto divino ni humano, y así, cuando el Cristianismo consolidó su existencia, el primer enemigo con quien topó aquél fué con la Iglesia, enemiga que sigue perenne y enconada al cabo de los siglos...

La *Reforma* y la guerra de los Treinta Años hicieron que el Carnaval perdiera sus derechos en Alemania, tanto que durmió un dilatado sueño hasta los albores del siglo XIX, que despertó en las comarcas del Rhin.



En Francia tuvo muy poderosos y decididos amparadores en los Enrique III y IV y Luis XIV.

Nuestro Felipe IV, como buen galán y más amigo de la vida que de regir con orden sus Estados, también fué muy amigo de esta diversión, á pesar de la religiosidad de que hacía gala, cuando no estaba en humor de galanteos é intrigas. Pero, ¿qué mucho que así fuera, si todo su reinado no fué más de una carnavalada que duró cuarenta y dos años?

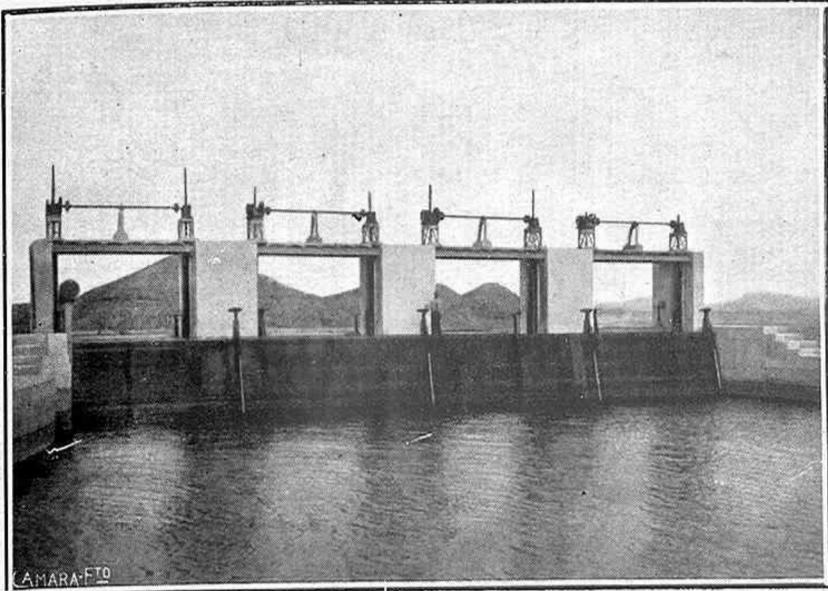
El primer Borbón, aunque venía de una Corte tan bullanguera como la de Francia, y en su abuelo pudiera tener un gran maestro de banalidades, había el ánima más propicia para dirigir una comunidad que para gobernar un reino, y relegó el Carnaval al interior de las casas, no consintiéndole salir á la calle. El mismo, mientras duraba esta época, que no se atrevió á borrar radicalmente de los usos y costumbres de España, dedicábase á hacer rogativas en desagravio al escarnio que pensaba que se le infería á la Iglesia. Carlos III, de espíritu más amplio, cortóle las ligaduras y dejóle que saliera libremente por las calles y se holgara con la libertad que requiere, aunque sin caricaturizar á las Ordenes religiosas ni á ninguna otra institución respetable.

En este tiempo fué cuando comenzaron los bailes públicos de máscaras, celebrados en los coliseos; pero llegó Fernando VII con su mojigatería hipócrita, y volvió á la tema de su bisabuelo; el que quisiera bailar que lo hiciera en su casa, sin dar parte á nadie; mas se encontró con que quienes primero burlaban sus determinaciones eran los propios individuos de su familia, tales como la princesa de Beira y la famosa infanta Carlota.

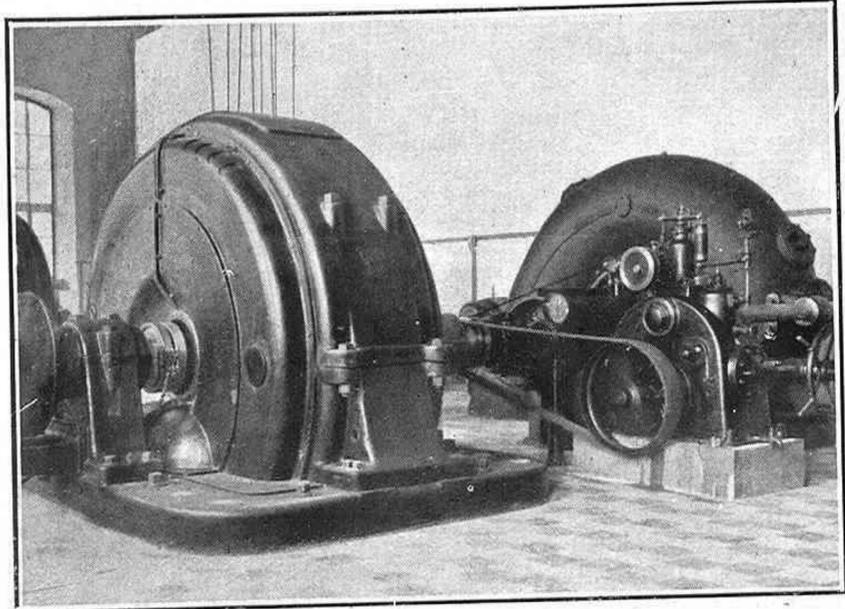
De entonces acá el señor *Momo*, más melancólico, desarropado y viejo cada año, va dando traspiés, hasta que el Miércoles de Ceniza menos pensado se nos caiga en el Canal y desaparezca para siempre. ¡Amén!

DIEGO SAN JOSE
DIBUJOS I E MARÍN

LA IMPORTANTE EMPRESA DE RIEGOS DE LEVANTE Y DE LA SOCIEDAD
ELECTRICA DE LOS ALMADENES



Partidor de agua, compuertas y rejas de Los Almadenes



Un grupo turbina alternador de la Central Hidroeléctrica de Los Almadenes. Potencia: 4.200 HP.

LA obra llevada á cabo por la Sociedad «Riegos de Levante» en los campos alicantinos es de una importancia decisiva para la agricultura de aquella región.

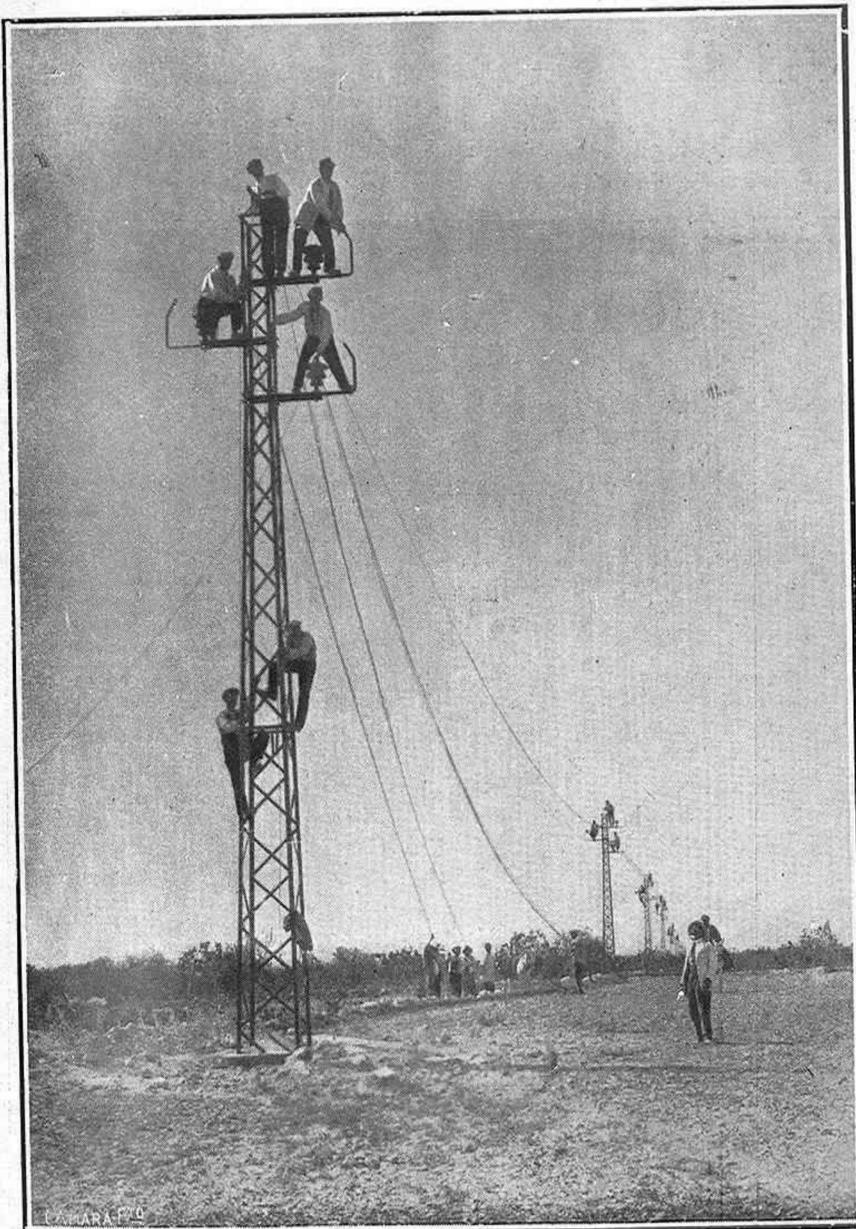
Al inaugurarlas, el pasado día 31, S. M. el Rey, y después de recorrer todo el canal, visitando las cuatro instalaciones de elevación de las aguas y el Poste transformador de «Los Almadenes», tuvo elogios muy calurosos para la «Compagnie d'Entreprises

Electromécaniques», de París, constructora de toda la obra eléctrica, que á juicio de los técnicos es una maravilla de ingeniería.

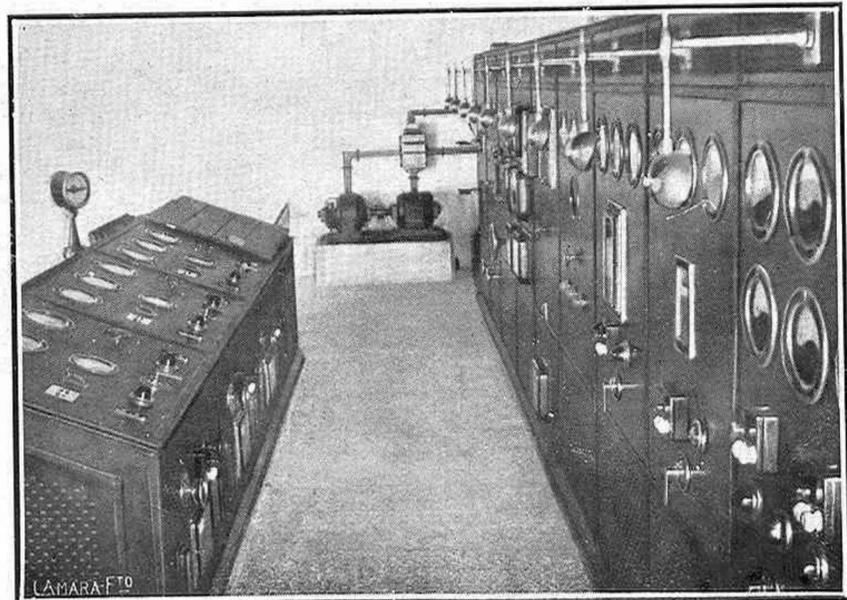
El Poste de «Los Almadenes» transforma la corriente de 60.000 voltios en energía de 12.000 HP. Las cuatro elevaciones— una en Guardamar y tres en término de Crevillente— elevan las aguas recogidas al término del curso del río Segura á 88 metros, produciendo cuatro potentes saltos de agua, que son complementos de la magnífica obra.

Don Alfonso XIII felicitó calurosamente á todo el personal técnico y muy especialmente al ingeniero francés M. Charles Cambres, director de la Sociedad «Los Almadenes».

Innecesario creemos encarecer la excepcional importancia que para la agricultura de la región alicantina, en primer término, y para la de toda España, en segundo lugar, encierra la admirable obra llevada á cabo en los campos de aquella región mediterránea por la Sociedad «Riegos de Levante», cuya labor en pro del progreso material del campo de Alicante es merecedora de toda suerte de elogios y digna de los más entusiastas estímulos. Porque esa Sociedad— á cuyo frente están notables personalidades de reconocida capacidad técnica y de indudables iniciativas y conocimientos— realiza, al hacer más fértiles, más aptos y más fecundos los suelos levantinos, una labor doblemente meritoria, toda vez que al contribuir de tan poderosa manera á la mejora material de aquella región contribuye también al engrandecimiento agricultor é industrial de España, la patria de todos, la gran región en que se debe fundir é intensificar el amor á todas las regiones.



Montaje de la línea de 60.000 voltios

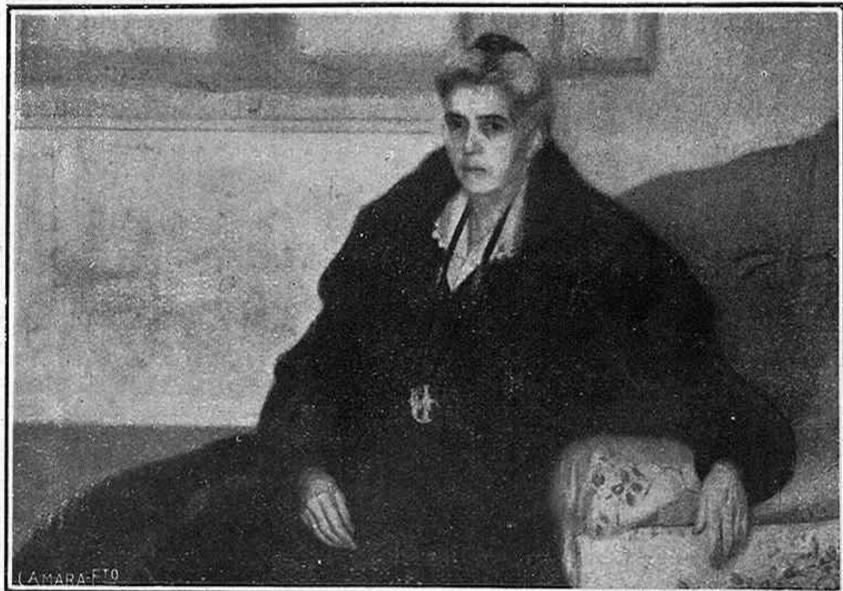


Cuadro de la Central Hidroeléctrica de Los Almadenes

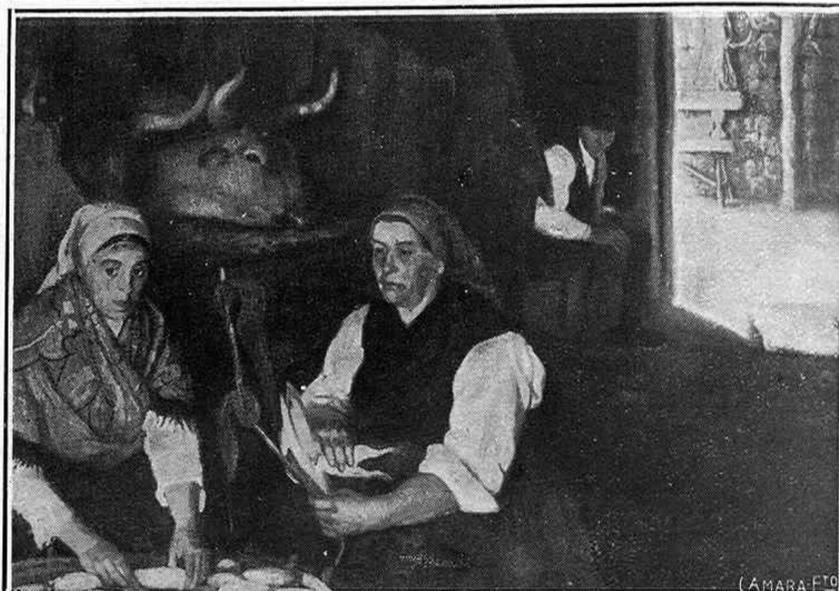
INSTALACIONES ELÉCTRICAS HECHAS POR LA
 «COMPAGNIE D'ENTREPRISES ELECTROMÉCANIQUES», DE PARIS



DOS EXPOSICIONES



«Retrato de mi madre»



«Interior gallego»

EN el Liceo de América—y no ciertamente en favorables condiciones de acceso, instalación y fácil examen—ha expuesto Rafael Argelés treinta obras pictóricas. De ellas, algunas ya conocidas de Exposiciones Nacionales y de los Salones de Otoño; pero la mayor parte producto de sus recientes estadas en Galicia y Andalucía, y varios retratos inéditos para la crítica.

Rafael Argelés, desde el final de su pensionado en Roma, viene trabajando con seriedad y con sinceridad laudables. Procura profundizar en sus cualidades, definir sus dotes, dar, en fin, la cabal sensación de su temperamento sin dejarse influir de ajenos triunfos ó adventicias bogas.

Ya esto debe serle tenido en cuenta como una circunstancia noble. No resulta frecuente el caso

de un pintor joven que no se impacienta, ni se desvirtúa por las rutas contrarias á su temperamento. Así, Rafael Argelés emplea el lenguaje claro, sensato, aprendido á los viejos maestros, renovado en la Italia de ayer, no en la de hoy, transitoria, desorientada y levantada sobre frágiles eternidades ocasionales, por lo que se refiere á la pintura.

Seguimos con simpatía este sosegado avance de Argelés á lo largo de las Exposiciones Nacionales ó de los Salones de Otoño, los dos únicos momentos de expresión colectiva que poseen los artistas españoles para ponerse en contacto con el público.

Pero hasta ahora—y con las dificultades y molestias que supone ver cuadros sin la luz adecuada, amontonados en salas estrechas de un ca-

sino rebotante de socios que tienen derecho á no ser interrumpidos en sus tertulias y recreos—no se había decidido Rafael Argelés á mostrar su obra con varios y diversos elementos de juicio. Rasgo de modestia que le honra en este período de exhibicionismo sin freno y de prematuras audacias como significan la mayor parte de las Exposiciones particulares.

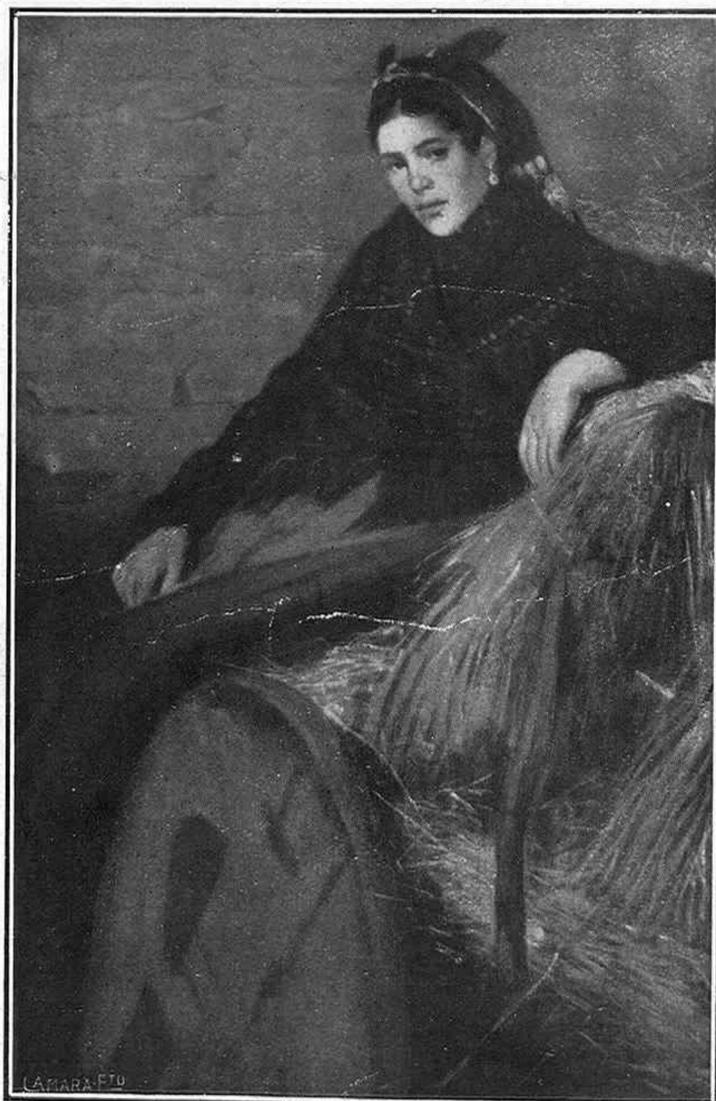
□□□

La Exposición de Rafael Argelés se componía de tres clases de obras: el retrato, el tipo popular ó regional y el paisaje. Debe mencionarse, además, el desnudo *Placidez*, que vimos en la Nacional de 1920 y que está resuelto con mucha delicadeza y sensible finura de tonos.

El retrato lo domina Argelés de un modo ama-



«Gitanillas del Albalcín»



«Una gallega»

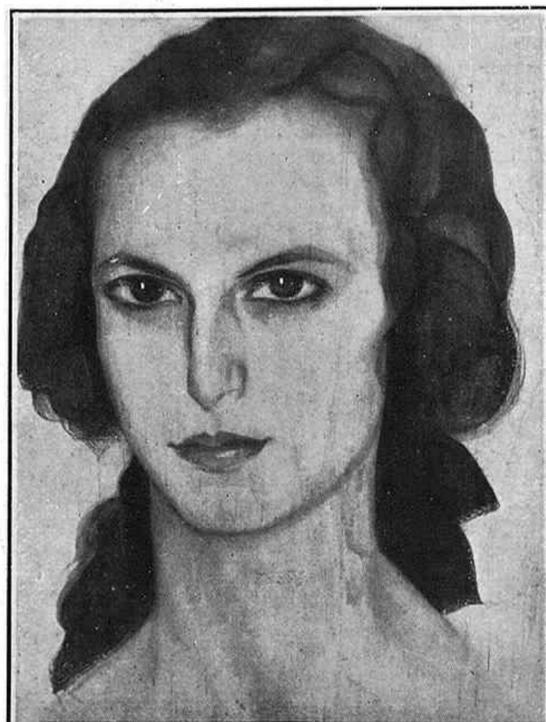
(Cuadros originales de Rafael Argelés)



«Retrato de la señorita Luisa Zamora»



«La oración del Angelus»



«Retrato de la señorita Lolita Pusalo»

ble, sin arrogancias ni abdicaciones. El cromatismo, que siempre tiene en su obra total una brillantez, acaso un poco excesiva, en esta clase de cuadros se sujeta, se apacigua y pondera. Citemos como ejemplo uno de sus lienzos mejores: el retrato de su madre, también conocido de la Nacional antedicha. Se comprende en seguida cómo, por encima del amor filial, concediendo al corazón sus fueros, el artista buscó algo más que el natural y meritorio propósito de transmitir al espectador toda la dulce simpatía del modelo. Compuso el retrato como un cuadro de asunto, le valoró de armónicos contrastes, le fué colmando de cadencias íntimas, donde se adivinó un placer de artista.

De los restantes retratos es obligado mencionar el del doctor Tejero y el del actor Zorrilla, y elogiar cumplidamente el titulado *Huerfanitas*, concebido y resuelto con parejos vigor pictórico y sentimiento íntimo. Cuadro éste digno de ser visto con más calma y oportunidad.

Aparte de dos tipos de aldeanos gallegos y de dos chicos, pintados con la misma fácil inspiración y meticoloso detenimiento factual, el resto de las figuras regionales eran femeninas. Gitanas, obscuramente oliváceas entre sus vestiduras claras y joyantes; campesinas galaicas, de mortecino indumento y rostros melancólicos; alguna *ciocciara* de los días romanos y adolescentes...

Destacamos la *Gitanilla*, que encontramos nueva gustosamente después del último Salón de Otoño. A primera vista deslizada la figura del fondo, se completa examinada con mayor detenimiento. Bien colocada, palpitante de vida, rítmica de línea, la mujer morena se recorta sobre una mágica alegría esplendorosa de tierra del Sur, casi blanca de tanta luz...

Por último, los interiores de la Alhambra, donde se muestran condiciones positivas de paisajista y que acusan lo que es siempre grato hallar frente a distintas interpretaciones de motivos ya bien manifestadas por artistas anteriores: el deseo de ser el mismo, de no dejarse influenciar por los ajenos hallazgos, de expresarse con el acento propio.

ooo

En el Saloncito del Ateneo sucedió a los cuatro pintores Cristóbal Ruiz, Maroto, Barradas y Warthugen—aquél conjunto excelentísimo y sugestivo que no puede ol-

vidarse fácilmente y que era como un ejemplario de la noble inquietud profesional—un artista joven y entusiasta: Angel Balletero.

También de él recordamos alguna obra anterior. Cierta retrato, en grises, de un niño, que llevó al segundo Salón de Otoño.

Ahora Angel Balletero tenía la justa pretensión de ser comprendido como dibujante.

Sus dibujos establecían una división de temas y aun de procedimiento. Retratos femeninos, ilustraciones editoriales y estampas satíricas ó apasionadas.

Desde luego Angel Balletero se encuentra todavía obsesionado de precedentes. Su producción se resiente de nombres aplicables con una identidad segura; pero detrás de la remembranza hay un deseo latente de creación y de imaginación personales.

Sus retratos femeninos agradan por el ímpetu característico que triunfa más allá del parecido fisonómico y del recuerdo factual de otros especialistas del género. Llega incluso a olvidarse la preocupación de las influencias ajenas para no hallar sino lo que en realidad es su cualidad positiva: la energía franca con que están resueltos.

Tienen, además, el valor de documentos sociales: el tipo de la muchacha actual, inteligente, despierta, entregada á la sinceridad de su temperamento. Muchas de estas cabezas femeninas son de jóvenes artistas, ellas también, de la pintura y del dibujo. Se ve, en seguida, que están al margen de la vulgaridad, que no deben ser confundidas con las adolescentes frecuentadoras de cines, tés danzantes y solares de *tennis*, sin otra enaltecedora espiritualidad.

En frente—no ya del muro donde estaban colgados, pero también de concepto y de procedimiento—de las deliciosas testas muchachiles, Angel Balletero exponía sus estampas humorísticas ó sentimentales; sus glosas á obras literarias.

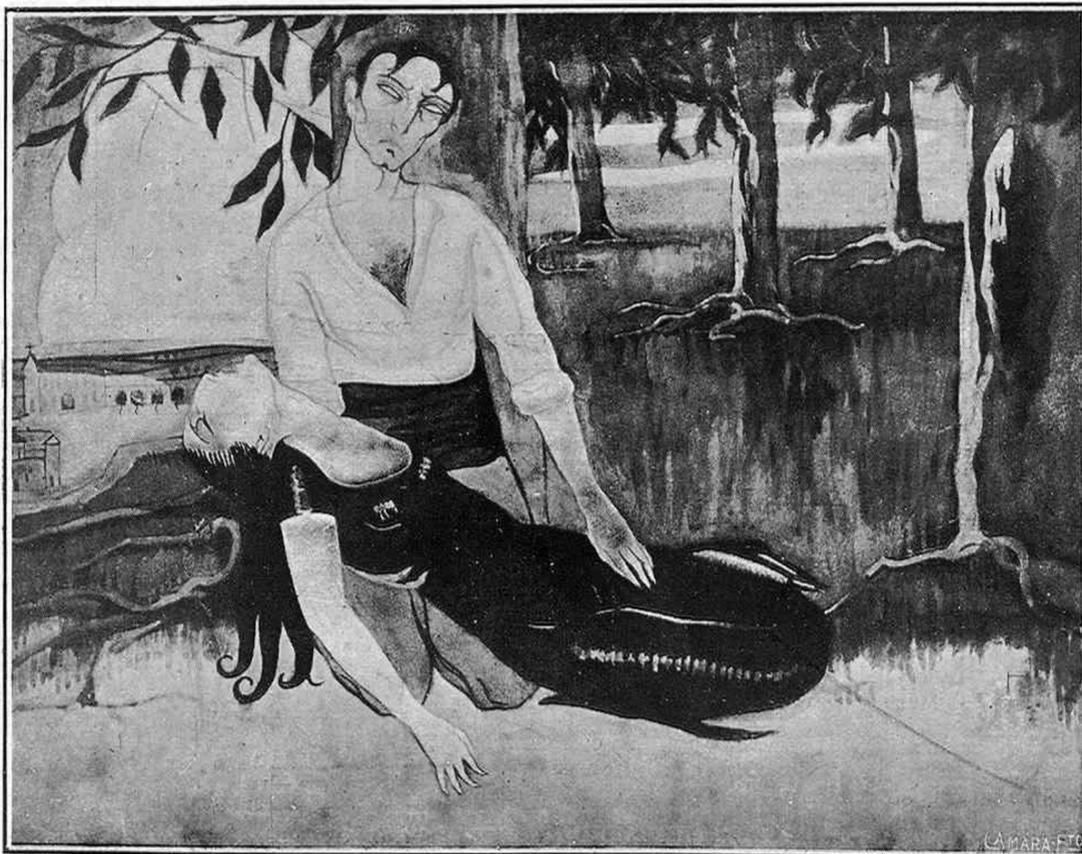
También aquí nombres de maestros en el género acudían al comentario—Bartolozzi, el admirable, especialmente—; y también, luego, se iba libertando poco á poco el joven dibujante de esas influencias, producto de beneficioso fervor emocional.

Temas de bajo fondo ó de idealismo lírico; motivos de convento ó de taberna apachesca; evocaciones orientalistas y realismo coetáneo, el Sr. Balletero sabe sintetizar los tipos representativos y los escenarios que los complementan. Y siempre con verdadera potencia de sensibilidad, con una aguda visión psicológica dentro de la exterior capacidad técnica.

Porque Angel Balletero—como plenamente demuestra en las estampas expuestas en el Ateneo—sabe componer sus escenas fantasistas ó realistas, sus ilustraciones de obras literarias con un buen gusto de composición y de colorido.

Este certero instinto y este admirable buen gusto con que Angel Balletero sabe glosar, en las excelentes estampas que ha expuesto en el saloncito del Ateneo, pasajes y momentos literarios, hacen de él un hábil artista en la difícil labor de complementar con las ilustraciones el sentido y la belleza de las figuras y los escenarios de las páginas literarias.

Estampas muy y bellas bastantes de las suyas, aseguran para muy pronto un nombre más y una sólida producción que añadir al grupo de los maestros del cartel y la ilustración editorial tan floreciente hoy día en España.



«Las pupilas muertas»
(Dibujos originales de Angel Balletero)

SILVIO LAGO

LA MODA FEMENINA

(DEL EPISTOLARIO DE UNA MUJER SENTIMENTAL)

Paris, Febrero de 1923.



Un sombrero muy elegante, de terciopelo negro, adornado con plumas

to y deseo de conocernos, mutuamente, mejor. Y hablando de otras cosas: Edgar continúa presa de un inconcebible ataque de celos, sólo que dicha pasión ha tomado, en estas últimas semanas, una forma patética, capaz de llevar á una mujer sensible á los últimos extremos, incluso al suicidio.

Habla de su amor; pero en tono tan abatido, que no parece sino que padece el más terrible de los males, y esto, para mí, como causa directa de la dolencia, no es muy halagüeño que digamos. Luego, para compensarme, sin duda, de sus frases tristes, me anima á que me divierta, á que me distraiga, y con fingida generosidad: «No quiero que tú padezcas por mi causa. Basta con que sufra yo», me dice. Esta actitud me coloca en una situación penosísima, porque si me divierto, sé que le hago sufrir, y si me recluyo en casa, le desobedezco.

Dígame usted, amigo leal y sincero, qué debe hacer una mujer en tales condiciones. ¿Cree usted que hay quien goce representando un papel de víctima? O, por el contrario, ¿opina que todo ser humano odia el dolor? Una contestación categórica sobre este punto me ayudaría á soportar mi destino.

¿Con que está usted escribiendo una novela? Confieso que la noticia me ha sorprendido. Yo le tenía clasificado como hombre de ciencia, y si en alguna ocasión procuré saber el género de trabajo á que se dedicaba, lo hice segura de que me diría que estaba haciendo un libro sobre astronomía ó sobre investigaciones biológicas. Ahora que sé de lo que se ocupa, voy á permitirle darle un consejo: ¡Por Dios! No nos describa usted á la protagonista de su obra como tipo de mujer moderna tal y como entienden á ésta la mayoría de los escritores: una mujer que se enamora de un muchacho mucho menor que ella, que guía su *auto* y habla de Bernard Shaw y de Nietzsche, como si los entendiera.

Sobre todo, esto último. Porque el mal no está en leer á esos autores, sino en comprenderlos. ¿Cree usted que sabe lo que es amar quien de tal modo invierte su tiempo?

Píntenosla como una mujer frívola, divinamente frívola, que por amor—así deja usted satisfechos á los moralistas—se convierte, durante breve lapso de tiempo, en una verdadera fortaleza de todas las virtudes. Sobre todo, hágala vestir muy bien. Es inconcebible lo cursi que resultan la mayoría de las heroínas de ficción. Y esto es más imperdonable en una época en que tan bello es el indumento femenino. Yo sería de buena gana novelista, por el solo placer de idear trajes para las mujeres de mis libros. Trajes y nombres.

Describiría á una Eloísa de cabellos color de miel y labios finos vestida con un traje de moiré azul y oro, de cuerpo liso, falda amplia y unas mangas flotantes de encaje de chantilly negro. A Violeta, la de los ojos garzos y pelo como la endrina, dispuesto en forma muy sencilla, la presentaría radiante de belleza con un traje de noche, de encaje color de azafrán sobre viso de seda rosa. Para Natalia, la de los ojos verdes y cutis de camelia, escogería un traje de crespón color de naranja estampado en oro, de forma lisa y recta, ensanchado á la altura del talle y sujeto á las caderas por una guirnalda de flores color violeta. Dígame pronto si puedo servirle dándole ideas para las *toilettes* de sus personajes femeninos.

No, no, mi querido amigo. Nada de anticipar impresiones. Venga ese retrato y déjeme opinar libremente. Hace tiempo que doté á usted, en imaginación, de una fisonomía, y deseo vivamente saber si me he aproximado al menos á la realidad.

¿No le parece que el hacer usted una descripción de su propio rostro restaría interés al retrato? Entre otras razones, porque no sabría usted rodear á su informe de la necesaria poesía; y para recibir una relación digna de figurar en un pasaporte ó en una denuncia criminal: pelo castaño, ojos negros, nariz convexa, estatura elevada, etc., es preferible esperar á que la fotografía confirme ó contenga mis facultades adivinatoras.

Lo que celebro, y muy mucho, es que se haya decidido á enviarme una instantánea. Sentía verdadero pánico ante la idea de que, por complacerme y cumplir lo ofrecido, se hubiera usted resignado á hacerse un retrato «oficial» y me obsequiara con una efigie acicalada y compuesta.

Si el fotógrafo «aficionado» actuó con fortuna, nada mejor para nuestro obje-



Ofrecemos en el óvalo una preciosa toca-turbante, de terciopelo «belge», con caídas de plumas lloronas.—A la derecha, una linda «toilette» de casa

FOTS. HENRY MANUEL Y HUGELMANN



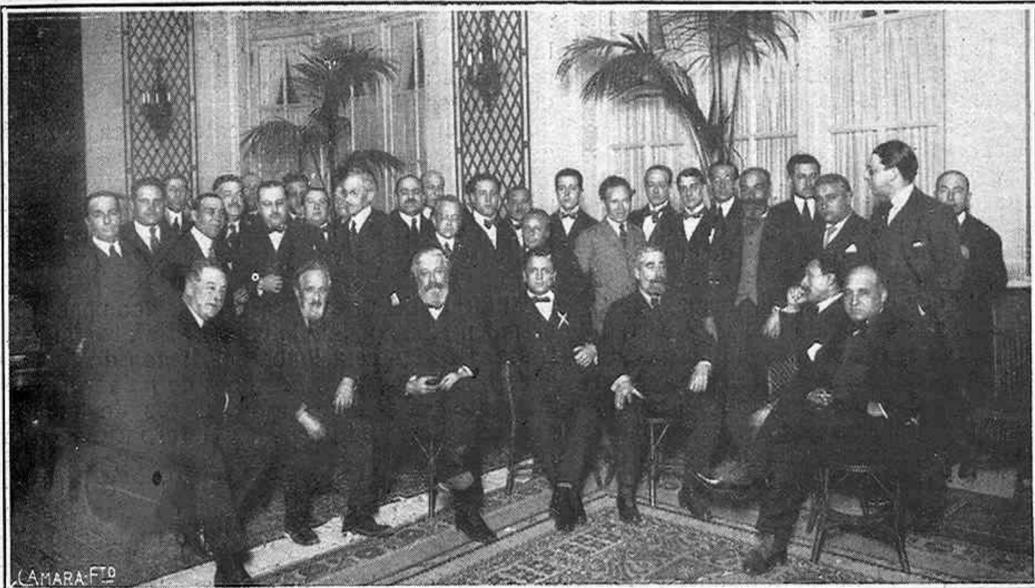
CAMARA-FE

DE NORTE A SUR



Londres.—Las mujeres atletas entrenándose en Paddington para la próxima semana deportiva

He aquí un instante vivo que tiene la belleza plástica de un motivo de friso clásico. Como gimnastas de estadio, estas londinenses fuertes y apasionadas de los deportes se entrenan para la olimpiada futura. Y en la niebla de Britania parece fulgar el azul celeste de Grecia.



Barcelona.—Banquete con el que los artistas e intelectuales catalanes han festejado á Luis Plandiura (x), organizador del importantísimo Concurso de Pintura con destino á su Museo particular

Luis Plandiura prolonga la obra de su Museo de Arte Catalán de ayer y de hoy al dinamismo público de un Concurso y de una Exposición, donde figuran los más ilustres pintores de Cataluña. Esa Exposición se inauguró solemnemente con la asistencia del director general de Bellas Artes. Y los artistas y los escritores de Barcelona festejaron á Plandiura en el Hotel Ritz.



LA PRINCESA BIBESCO
Autora de la novela «Balloons», que es un éxito editorial en Inglaterra

Isabel Asquith, la hija del ilustre político inglés, ha publicado una novela titulada *Globos*. Sobre el título campea su nombre actual de Princesa Bibesco.



Munich.—Cabecera de la manifestación pública celebrada con motivo de la asamblea socialista

Munich ha presenciado una gran *parada* socialista. Las tropas del proletariado manual e intelectual han desfilado por las calles al compás de sus bandas y bajo sus banderas. Y nada, ni siquiera la falta de uniformes, diferenciaba este ejército de la paz de aquel otro que encendió la guerra.



Madrid.—Proyecto de Monumento á las Víctimas de la Guerra de Marruecos, original de César Rivero FOT. DÍAZ

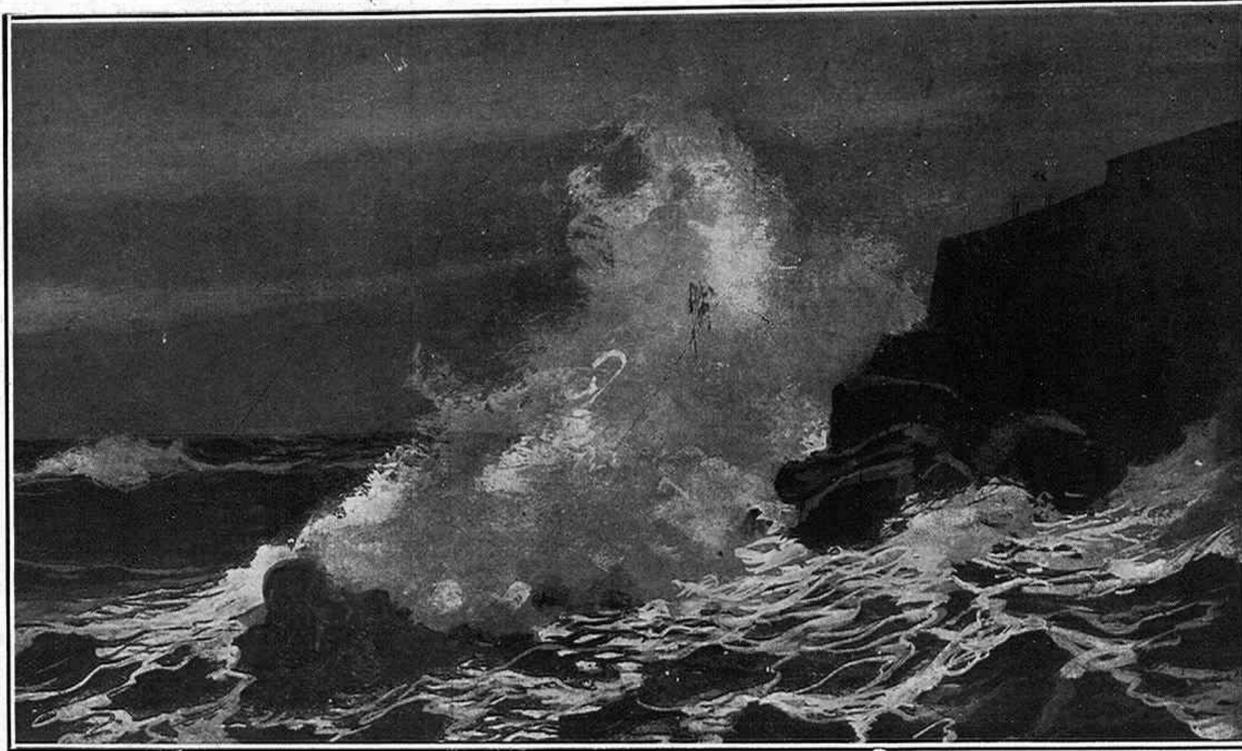
Un escultor joven y de talento, César Rivero, que heredó la sensibilidad y la técnica de su malogrado maestro Julio Antonio, está modelando el Monumento á las Víctimas de la Guerra de Marruecos. Vigoroso de traza, delicadamente emocional de idea, este bello Monumento expresa el momento en que la Patria sostiene en sus brazos al hijo muerto y posa sus labios en la frente bendita por el sacrificio. A ambos lados, el pueblo dolorido se inclina ante la grandeza del héroe. Y desde lo alto, el espíritu del Noble Manchego, encarnado en un cuerpo joven y fuerte, contempla la cruz de su espada... Todo esto, tan expresivo de la energía de nuestra raza, habrá de ser interpretado en piedras extraídas de canteras españolas.



WALLACE REID
El gran artista cinematográfico, que la Prensa europea anuncia haber muerto en un Sanatorio de Nueva York

Wallace Reid, el galán sonriente y afortunado de las películas galantes ó audaces; el idolo juvenil de todas las mujeres, cuyo sueño inquieta, está gravemente enfermo ó ha muerto ya en un Sanatorio, donde su vida agitada y su trabajo agotador le habían recluido. Ciego, paráltico, le muestran los telegramas y las crónicas. También se habla de que sobre su carro fúnebre florecieron un centenar de coronas. Epilogo novelesco que repite en la existencia real tantos otros que el *idolo* había filmado para los corazones sensibles y las imaginaciones vivaces. Sin embargo... ¿Es verdad? ¿Es un reclamo? No se sabe bien. Pero en el fondo de las viejas provincias, rostros femeninos se humedecerán de lágrimas...

UN MUNDO RUDIMENTARIO



EN la soledad de la noche contemplo el tumultuoso desierto del mar; las aguas aúllan, guturales, y rompen en la piedra, con aspersiones sonantes y profundas; y un aire airado zumba en las caracolas de mis oídos.

¿Qué inquietud me infunde la agitación perpetua de esas olas, que vienen en vanguardias brutales? ¿Por qué se encrespa el malhumorado mar en la barra; sacude, enérgico, la espuma de su coraje y de su galope, y se avalanza contra la escollera, con tan tenaces furias?... (¿Y por qué la rencorosa escollera, que afirma su poder en la pasividad y en la constancia, se opone al mar?...)

Una violencia inmensa clama en el Universo; una violencia que se estrella, ciega, contra ella misma, eternamente... Las generaciones humanas, amargas olas de otro alterado aguaje, lidian con la dureza de un mundo; y unánime clamor lamenta la intranquilidad universal. Semeja la vida obscuro piélago, lleno de escollos y de remolinos; nuestra voluntad pugna contra la voluntad hostil de las cosas; las bellas imágenes de los días primeros se disuelven en la removida corriente de los años; un largo tedio nos aísla en un tiempo breve, y tras la monotonía sufrimos el sumergimiento espantoso... No parece sino que en este desordenado planeta, en el que los deseos son más fuertes que las realidades, y las recordaciones más que los sucesos, no parece sino que sólo el dolor es positivo...

Pero en la apacibilidad solemne de las bajamares, cuando están inmóviles las aguas, y quietas las plateadas madejas del reflejo lunar, y la onda cabecea y duerme en el légamo blando de la orilla; cuando se hace paz en el hombre, y se ordenan y sosiegan sus pensamientos, una confianza universal rige un acabado equilibrio. En esta pausa muda, una confianza, plana y grave como el Océano, nos ensancha el horizonte interior; una voluntad de vivir, persistente, obstinada, se niega a resignarse a la brevedad y a la muerte...

Nada, en realidad, parece ir definitivamente a acabarse, sino que todo vuelve a sí mismo; y, al fin, entendemos en la variación, la perpetuidad; en el tránsito, la razón suprema de una estabilidad definitiva...

En este majestuoso recogimiento de la tregua del mar se agudizan sutilmente nuestros sentidos; y auscultamos cómo convergen en nosotros el rastro del pasado y el rumor creciente del futuro... En esta calma, la honda calma del ponto, que se ha metido en nuestro pecho, percibimos los pasos de las generaciones que han pasado antes, y los que se aproximan de las humanidades venideras.

No estamos sino en una sucesión de desenvolvimiento.

Ni vivimos en un planeta viejo, lleno de achaques, sino en un mundo demasiado joven quizá, torpe y rudimentario, que no pudiera haber envejecido en edad tan desproporcionada con la masa. La mezquina edad de cincuenta millones

de años, que le han fijado los geólogos, fundándose en la lenta salinidad de los mares y ríos, en las capas de aluvión en valles, deltas y bajos fondos litorales; la de seis mil, desde la formación de la Tierra, que ya le asignaron los libros mosaicos, ¿qué suponen, en fin, ante la salud y hermosura, espléndidas todavía, de la Naturaleza, ni ante la trascendencia de un destino que debe responder a la magnitud de la creación, que *vió Dios que era buena?*...

Ni es probable que éste que habitamos, ligera obra de seis días, sea el mundo decisivo, perfecto... Y esta humanidad, sin duda no ha pasado de cierta adolescencia inconsciente... No se ha desarrollado ni expresado apenas todo el caudal posible de las ideas y de los sentimientos; no han madurado las civilizaciones; quizá nuestra Ciencia y nuestra Ética están en los halbucesos de una infancia temprana y tierna...

Esa estrella hermosa, lámpara mediterránea, fero de Fenicia, norte de Atenas, que ha presidido el orbe clásico, que ha guiado al hombre antiguo, y que todavía se eleva sobre el mar, aún atisba una humanidad incipiente y rudimentaria.

Diríase que todavía estamos en el principio de la creación y de la vida...; que no es aún éste el mejor mundo de los posibles, sino un mundo simplemente posible...

Yo adivino, frente al gran libro abierto del mar, una ilación de tránsito, en el fugitivo presente...

Ahora, en este instante grave, los sentidos se afinan: creemos tener, más allá de nuestros ojos, la vista de un profeta ciego; y más allá de nuestros oídos, el potente oído de Beethoven, quien ensordece para no oír más que su propia música; quien rompe su sentido, afilándolo, para percibir la sinfonía de los astros, en la profunda noche... Algo hay en nosotros que se sale de nosotros mismos, algo que se revela contra un mundo elemental y posible... Homero y Milton cierran sus pupilas, por ver otras perspectivas más claras y extensas; Amrú en vano pretende sepultar la conciencia humana, quemar el Ave Fénix de la sabiduría fundamental; Dante ama sin límite, más lejos de la vida y de la razón, en los cielos de la Teología; Herder se vuelve en los caminos de la Historia, sobre las huellas de las generaciones que fueron, é incorpora la misma muerte a la vida y a la inmortalidad; Müller vela por la dinastía de los dioses; Masperó interrumpe y descifra el sacro silencio de las momias; Wagner escucha la Naturaleza, y sorprende la lengua insinuante de los bosques, y pone pauta en la algarabía de la borrasca...

Pensamos en un mundo mejor, que todavía no nos llega, y que presentimos desde este reposo, delante de la vasta página, desde la silenciosa playa, bajo el cielo nocturno...

Aún pretendemos, como un Fausto insaciable, buscar la verdad más allá del conocimiento; como un Werther desesperado, resolver la vida con

la muerte; como un Hamlet, defender con la demencia la razón; como un Oswaldo, demandar el Sol desde la Tierra...

Porque es en una insuficiente vida en la que el espíritu se agita y se duele.

De ecos imprecisos, de comunicaciones misteriosas, de aspiraciones y remembranzas inexpressables, nosotros somos mediadores entre el pretérito y el venidero; y todas las generaciones son una.

El latido de nuestro corazón se acompasa con el pulso rítmico del Universo... La alegría y la tristeza de las estaciones nos llenan de la intimidad de las cosas... Memoria de palabras en el ambiente, rastros de olores, tactos de huellas, sabores inveterados vienen a turbarnos en la soledad...

Llamadas misteriosas de algún astro remoto, cual intencionados signos de un extraño Morse, nos solicitan, como de otro mundo gemelo...

Astros fecundos y habitables, y no todos desiertos, mudos y cadavéricos, cual suponemos aberradamente, en nuestra pequeñez egoísta, contienen, es posible, otras humanidades, y nada prueba que nosotros seamos exclusiva morada de la vida y de la inteligencia. Ciudadanos somos del cielo, y en el cielo alienta esta expansión universal, llena de esperanzas y de fruiciones consoladoras.

El pensamiento alcanza las llanuras bellas, incommensurables, de Júpiter; los hielos polares de Saturno y sus cordilleras enormes, donde se derrite la nieve para bajar a vastos golfos, largos canales y enmarañados ríos, entre fantásticos basaltos y arenas rojas. El pensamiento sospecha habitado el viejo Marte, de fisonomía *terrena*; y el bello globo de Venus, con sus praderas, sus oasis y sus colinas de esmeralda, sus crepúsculos maravillosos y sus vegetaciones magníficas, envuelto el disco en una atmósfera diáfana, suave, nacarada, en un clima ideal...

Sólo nuestro egoísmo se atreve a suponer ese vacío injusto é improbable del Cosmos; sólo nuestra enanez se arroga ese linaje solitario, de números menores, en el centro privilegiado del cielo...

Nosotros nos paramos en la mitad del tiempo y del espacio; y no estamos, sin duda, sino en el comienzo del comienzo. Tal vez todo está comenzando en realidad. Ese milenario vaivén de las mareas, acaso empieza ahora su concierto bárbaro...

Y, en un mundo rudimentario, soñamos un mundo concluido y perfecto; deseamos el puerto seguro de la serenidad inalterable.

Y en nuestro viaje actual, las sublimes estrellas, luces de ese puerto, están demasiado lejanas todavía...

José BRUNO

DIBUJO DE VERDUGO LANDI